

RALPH BARBY

18

RELOJ PARADO

TERROR


escalofríos de
TERROR

RALPH BARBY

RELOJ PARADO

colección
Escalofríos TERROR nº 18

EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

ISBN: 84-
Depósito Legal: M- — 1988

1ª edición: julio 1988

Imprime LITOPRINT-GIESA
Distribuye M.I.D.E.S.A.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en

esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPITULO PRIMERO

Las nubes negras se estiraban en el azul oscuro de un cielo avaro de estrellas. La luna, en plenilunio, jugaba un escondite pudoroso con las nubes, como para valorizar más si cabe su brillante y luminosa desnudez.

Silbaba el viento en la misma dirección en que se desplazaban las nubes y los árboles se estremecían ateridos, sin osar oponerse a aquel viento que doblegaba sus ramas.

Tres perros cimarrones, flacos y recelosos, muy cojo uno de ellos, con los perdigones mordiendo todavía sus huesos, se acercaron al joven tendido en tierra boca arriba. Lo rodearon, lo olfatearon y después retrocedieron gimiendo con temor.

Los perros se alejaron rápidamente, no querían saber nada de aquel joven caído que no se movía, que no respiraba. Con su carne y sus huesos no celebrarían ningún festín pese a que para los perros cimarrones y otras alimañas carniceras y necrófagas podía ser normal alimentarse con animales muertos y un ser humano no dejaba de ser un animal, un mamífero vertebrado que podía ser devorado, y así había sucedido desde la noche de los tiempos. Por ello, era fácil hacer dormir a un niño advirtiéndole que podía llegar el lobo para devorarlo.

Cuando un grupo de nubes que había más al oeste se desplazaron hada el sur, quedó perfilado contra el cielo un viejo y siniestro caserón, altivo y solitario sobre una colina, dominando una amplia extensión de tierra.

* * *

Pierre Givré miró con recelo la carretera. Era un hombre desconfiado, pero, además, sabía bien lo que podía dar de sí la destartalada camioneta en que viajaban.

—Eh, no vayas a creer que esto es un coche de carreras.

Con una sonrisa de sarcasmo, mientras maniobraba para tomar una curva muy cerrada en aquella carretera tan estrecha, el joven Constantino replicó:

—Algún día compraré un buen coche y tengo amigos que pueden hacerme arreglos para que sí pueda participar.

—Te arruinarás primero y te matarás después. Lo que tu tienes que hacer es ganar dinero y yo puedo enseñarte cómo.

—¿Para terminar siendo el propietario de una camioneta como ésta? —rezongó, despectivo.

—Cuidado, que nos vamos por el terraplén —protestó Pierre Givré, un hombre de unos cincuenta años al que faltaban los dedos índice y corazón de la mano Izquierda y el índice de la derecha.

Pese a estas mutilaciones, se desenvolvía bien con sus manos, aunque le cansaba conducir largo tiempo. Sus manos no sólo habían sufrido aquellas mermas, sino que tenían otras cicatrices que podían verse en la piel y también en los huesos de hacérsele radiografías.

—Mi hermano, es decir, tu padre, no supo guiarte para lo que te convenía.

—Deje en paz a mi padre que está en su tumba.

—Tu padre nunca ganó nada, muchas veces tuve que prestarle dinero para sus grandes ideas que terminaban en una mesa de póquer.

—Si sigue hablando de él, piso el freno y me bajo.

—No seas estúpido, te conviene estar a buenas conmigo. No soy un anticuario importante, pero sí lo bastante conocido para que los importantes se pongan al teléfono cuando yo les llamo. Mi tienda de antigüedades no está en el mejor bulevar de París ni en Viena o en Milán, pero yo viajo mucho buscando en los caserones olvidados, en los conventos semiderruidos, en las casas señoriales venidas a menos. No lo compro todo, claro que no, escojo cuidadosamente y para eso se ha de saber mucho, querido sobrino. Si pagas una antigüedad por encima de su valor, después nadie te la compra y pierdes dinero, hay que comprar bajo. Luego, los anticuarlos de "primera clase" me pagan a mí lo justo. Ellos tienen artesanos para restaurar lo que yo les he vendido y que venden luego a su vez por el doble o hasta diez veces más el valor que yo he pagado inicialmente.

—¿Y por qué no vende usted directamente a esos precios? Ganaría más, ¿no es eso?

—Sí, si tuviera los clientes que ellos tienen. Hay que tener muchos contactos, sobrino, estar muy bien relacionado, cada cual a lo suyo.

—Mi padre buscaba la gloria —replicó Constantino, ya harto de las palabras de su tío.

—Los mediocres se han de dar cuenta de que no pueden aspirar a la gloria.

—¿Y qué pasa con usted, no es mediocre?
—¡Cuidado, nos vamos a matar! —advirtió mientras la ruidosa y desvencijada camioneta rodaba por la carretera estrecha y serpenteante que más parecía una pista forestal sin asfaltar.
—¿Cuánto dinero ha hecho en su vida, tío?
—El suficiente.
—¿Y cómo no se ha casado? No tiene mujer ni hijos y m1 padre está muerto.
—El heredero eres tú, claro, pero no te hagas ilusiones, no voy a morirme en seguida. Por otra parte, no encontrarías fácilmente mis ahorros.
El Joven Constantino sonrió.
—No tema, no voy a asesinarle para quedarme con la herencia, ya vendrá sólita a mis manos.
—Sí, pero eso tardará.
—No son esas mis noticias.
—¿Ah, no? —rezongó el anticuario.
Constantino lanzó una maldición. Unas gotas gruesas de agua comenzaban a caer sobre el cristal parabrisas. El cielo estaba muy negro y la noche se les echaba encima. El otoño era frío y caminaban hacia un invierno ya cercano que prometía ser duro.
—Un amigo me dijo que usted tenía la muerte en la cara.
—¿Y qué es ese amigo, un brujo?
—Más o menos. Nos vio en el bar Saint Bert cuando usted me propuso este viaje por esos lugares olvidados donde piensa encontrar antigüedades a precio de regalo.
—Bah, tonterías, no me dejo influenciar. —Sacó una botella de ginebra de la bolsera adosada a la parte interior de la portezuela, la destapó y tomó un trago largo—. Con esto se quita el frío.
—Este trasto no tiene ni calefacción, es para morirse aquí dentro —gruñó Constantino.
—Se estropeó y no he tenido tiempo para que la arreglaran.
—¿No ha tenido tiempo? Lo que ha hecho es ahorrar. No me extrañaría que tuviera una gran bolsa llena de monedas de oro enterrada en alguna parte.
—No digas tonterías, sobrino. Ya te he dicho que los que hacen el gran negocio son los importantes, claro que yo tengo el mérito de saber encontrar el lugar donde están olvidadas las piezas valiosas, y no creas que eso es fácil. Hay muchos otros anticuarios ambulantes como yo que también buscan y buscan. Cuando hay algo Interesante, hay que adelantarse a los colegas y espero que este viaje sea fructífero.

—Mire que tormenta tenemos encima, rayos y truenos. Habremos de buscar un lugar apropiado, detener la camioneta y esperar a que el tiempo mejore. Por esta carretera nos podemos despeñar o puede bajar una torrentera que se nos lleve montaña abajo.

—Maldita sea, no podemos quedarnos por el camino, hemos de llegar a la encrucijada esta misma noche, no podemos dejarlo para mañana.

—¿Y por qué no? —preguntó Constantino encendiendo los faros de la camioneta, tratando de abrirse paso entre el aguacero.

—Tú no sabes de todo esto. Cuando se ha viajado durante tantos y tantos años por lugares olvidados como yo, se termina por aceptar que hay cosas que parecen estúpidas pero que hay que tenerlas en cuenta. En la aventura hay como una magia que puede ser blanca si te favorece y negra si te aplasta. ¿Sabes qué día es hoy?

—No.

—Día de difuntos.

—¿Y qué? No irá a contarme que los muertos salen a tomarse unas copas, ¿verdad?

—Cuando tengas más años, creerás en lo increíble, en las supersticiones, en la magia. Todavía te faltan experiencias.

—Tonterías.

—Hoy es día des de noviembre, fiesta de los muertos. Es el "Alí Hallow E'en" de los celtas, cuando el poder y las energías cósmicas disminuyen, triunfando la muerte. Esta noche es luna llena, es el momento crucial. Si fallara ahora, tendría que esperar años para que la noche de difuntos volviera a tener luna llena.

—Tonterías.

—Tú haz lo que yo te digo y todo irá bien. Si este viaje es fructífero, tú ganarás tu parte como acordamos y será suficiente para que te compres un buen coche. Estoy seguro de que voy a ser el primer anticuario que llegará al lugar adonde nos dirigimos y por tanto podré conseguir piezas valiosas. Todo nos lo llevaremos en la camioneta.

Constantino sabía que un cuadro podía estar olvidado y despreciado por sus propietarios que a su vez podían haberlo heredado lleno de polvo y abandono. Su tío Pierre Givré sabía distinguir un cuadro de firma importante del que no lo era, sabía valorar por encima del polvo y la suciedad y comprar por unos cientos y vender luego por miles.

Constantino no tenía empleo ni fortuna, su padre sólo le había legado deudas y una mala enseñanza. Su tío le había ofrecido la

oportunidad de ganarse un buen dinero y no podía despreciarla. El viejo anticuario no le caía nada bien, pero debía tener dinero en alguna parte.

—Allí hay una roca junto a la carretera. ¿Es la que buscamos? —preguntó el joven Constantino.

—Sí, es un menhir, acércate y para la camioneta junto a él.

—Está bien, no será mala cosa. Llueve demasiado para seguir. Con la tormenta que tenemos encima, si nos viene otro coche en contra podríamos tener un desagradable choque.

Se salió ligeramente de la carretera pegándose al menhir, una roca de unos seis o siete metros de alta.

—Puedes apagar las luces. Estaremos un buen rato aquí, cenaremos.

—Si cenar es tomar unos sandwiches...

—No hay otra manera, porque si sales afuera te vas a mojar.

En aquel momento, un rayo cayó junto a ellos como buscando el menhir e hizo temblar la camioneta cegándoles con su luz.

Pierre Givré desplegó un tosco mapa dibujado

en un pedazo de piel. Allí había indicaciones en una lengua que Constantino no comprendía, y tampoco las hubiera entendido su tío de no haber consultado previamente con un especialista.

Estaba marcada la línea ondulante de la pésima corretera. No cabía duda de que aquel camino era muy antiguo, aunque a lo largo de los tiempos lo hubieran recubierto con una fina capa de asfalto tras el advenimiento de los automóviles. Después había otro camino marcado en rojo que formaba una espiral.

Pierre Givré puso una brújula sobre el mapa, lo orientó adecuadamente y al fin dijo:

—Tendrás que rodear el menhir y seguir en aquella dirección.

—¿En aquella dirección, está usted loco? Allí no hay ninguna carretera.

—Nos pondremos en marcha a las doce menos cuarto. Aquí lo dice todo y no podemos dejar este camino en espiral.

—Si no hay ningún camino, nos podemos despeñar —insistió el joven.

—Lo hay. Puede que parezca borrado porque nadie lo utilice desde hace años, pero tiene que haberlo.

—Vamos a ver... ¿Lo que usted pretende es que vayamos con esta mierda de camioneta campo a través, de noche y en mitad de una tormenta?

—La tormenta puede amainar. Faltan algunas horas, hasta podemos dar una cabezada después de comer.

—Pero, ese lugar al que vamos ¿existe de verdad?

—Sí, seguro, es un lugar olvidado.

—Pues, si está olvidado, no habrá nadie.

—Quizás.

—Y si no hay nadie, ¿cómo va a comprar antigüedades?

—Si no hay nadie, será más fácil llevarse lo que más interese, y si no podemos llevárnoslo todo, marcamos el camino y otro día volvemos. Ahora hay que encontrar el lugar, el mapa está bien claro.

—¿Y esa especie de "Y" u horquilla que hay al final de la espiral?

—Pues, eso todavía no sé lo que significa, puede que sea el antiguo nombre del lugar. Yo le llamo "Punto Y griega".

—SI en ese sitio no encontramos nada, va a tener que pagarme lo mismo. Después de todo, yo he conducido la camioneta.

—No temas, te pagaré más de lo que te has ganado. Pese a todo, tienes parte de mi sangre, eres el hijo de mi hermano y sólo podía confiar en ti. No podía pedirle a otro que viniera conmigo.

—No continúe con las historias de familia. Estoy aquí porque me prometió un buen bocado si todo salía bien.

—Para pagar tus deudas. Sigues el mismo camino de tu padre, sobrino.

Después de compartir la frugal cena con su tío, Constantino dejó a éste descansando y saltó fuera de la camioneta protegido por un chubasquero que le llegaba casi hasta los pies. Alejándose de la carretera y siempre bajo la lluvia, buscó el camino que su tío le había dicho que debía tomar.

—Maldita sea, aquí no hay otro camino, no hay nada, sólo campo.

Tenía que conducir la camioneta por allí a una hora determinada de aquella noche, lloviera o no, porque según el anticuarlo trashumante, tardaría años en presentarse otra posibilidad igual.

Avanzó entre los matorrales tratando de averiguar si por allí podría pasar la destartalada camioneta o ésta se iba a quedar con las ruedas hundidas en algún agujero o frenadas por un saliente rocoso.

Un rayo que cayó a poca distancia frente a él, clavándose en la tierra como dispuesto a resquebrajarla, le detuvo en su avance. Se sintió cegado y notó las vibraciones de la tierra bajo sus pies mientras un trueno ensordecedor bloqueaba su mente para cualquier pensamiento.

Segundos más tarde, decidió retroceder, apenas podía ver frente

a él. Regresó al interior de la furgoneta chorreando agua.

—¿Cómo está el camino?

—¿Camino? No hay camino, no se ve nada. Podemos despeñarnos por cualquier pendiente si avanzamos en la dirección que usted dice.

—No tenemos por qué despeñarnos si seguimos las indicaciones de la brújula. Aquí hay un camino, el mapa lo dice bien claro.

—¿Y si estaba borracho el que dibujó este mapa?

—Eso, pronto lo averiguaremos —respondió el anticuario dispuesto a no volverse atrás en su decisión.

—Está bien. Si hemos de ir al infierno, no seré yo quien se eche atrás.

La tormenta seguía viva, cegadora y estruendosa sobre ellos. La noche prometía ser larga y desagradable. Los faros de la camioneta estaban apagados y por luz sólo tenían rayos y relámpagos. Constantino no se había sentido nunca en una situación de tensión semejante. Era como esperar a entrar en combate en una guerra enloquecida en la que los truenos eran los cañonazos. Según su tío, debía haber una magnífica luna llena; sin embargo, las nubes que todo lo cubrían no dejaban verla.

—Ahora —ordenó Pierre Givré mirando su reloj gracias a la llama de una cerilla. Estaba dispuesto a seguir exactamente las instrucciones crípticas del mapa.

—Está bien, agárrese fuerte, no sé lo que va a suceder. ¿Usted quiere que bajo la tormenta vaya campo a través y a media noche? Pues así se hará. Después de todo, estoy aquí para conducir este trasto.

Arrancó el motor que tuvo leves vacilaciones y después encendió las luces largas. Pisó el acelerador y soltó el embrague; la primera marcha ya estaba puesta.

—No te desvíes, no te desvíes —pidió el anticuario, nervioso por primera vez.

—Dígamelo usted si me desvío o no, para eso tiene la brújula.

El parachoques de la camioneta comenzó a doblegar los arbustos que se oponían a su avance mientras las ruedas los aplastaban. Las ballestas de los amortiguadores comenzaron a gruñir y los haces de luz iluminaron algo que hizo exclamar a Constantino:

—¡Eso es un túnel!

—No, eso es un dolmen. Vamos bien, mira el mapa, está dibujado un dolmen por el que pasa el camino que debemos seguir para llegar a la aldea.

—Nos vamos a estrellar contra ese dolmen, no es lo bastante

alto.

—Sigue, sigue... Tiene que pasar, tiene que pasar.

—Con» nos quedemos encajados dentro de esas grandes piedras, tendremos que salir a través del cristal parabrisas.

—¡Tiene que pasar, tiene que pasar! —repetía el anticuario. Con grandes nervios, sujetaba el mapa y la brújula, mirándola ahora con la luz de la cabina que recibía electricidad de la dinamo.

El vehículo se introdujo entre las dos grandes piedras que sostenían una tercera que hacía de techo. Antes de que el morro de la camioneta asomara por el otro lado, un rayo más cegador, más estruendoso que los anteriores, se les vino encima como dispuesto a carbonizarlos.

CAPITULO II

La camioneta se precipitó a gran velocidad por una pendiente.

—¡Disminuye la marcha!

—¡No obedece, maldita sea, está mal de frenos! —le gritó Constantino.

La luz de los faros barría árboles y arbustos que trataban de esquivar. El joven manejaba el volante con ligereza, evitando la colisión a cada momento, pero la velocidad en el cuentakilómetros aumentaba.

—Si esto sigue así, el motor va a saltar hecho pedazos —gruñó.

—¿De veras no puedes frenarla?

—No, a menos que se me ponga delante un árbol muy grueso.

—¡Nos mataremos!

—Eso me temo. Si la cosa se pone peor, abra la portezuela y salte.

—Si salto me voy a matar.

—Y si se queda aquí, también, aunque puede que además muera abrasado. Llevamos un bidón de gasolina para que no nos falte carburante en esta excursión.

No llovía ya; sin embargo, ni siquiera se habían percatado de ello. Los cristales estaban llenos de agua y los limpiaparabrisas ejecutaban su monótono movimiento de vaivén gruñendo incansables.

El final del viaje parecía inminente. La camioneta daba bandazos y pasaba a gran velocidad rascando los troncos de los árboles. La colisión parecía segura. Bastaría que en el suelo surgiera una punta de roca para que el vehículo saltara por los aires.

—¡Nos mataremos, nos mataremos! —gritaba asustado Pierre Givré.

—Usted ha querido que nos metiéramos en este camino.

—¡Para como sea!

—Imposible.

El anticuario abrió la portezuela al ver que los faros iluminaban un pequeño prado y se lanzó afuera de espaldas para dar la vuelta

sobre sí mismo.

—¡Adiós, tío, nos veremos en el infierno! —exclamó Constantino sin perder el control de la camioneta, acelerada muy por encima de lo que parecía capaz de resistir y los frenos no respondían. Sin embargo, el hábil manejo del volante estaba salvando la situación.

De pronto, se vio cuesta arriba con un suelo bastante fino y la camioneta fue decelerando hasta detenerse en un claro junto a un riachuelo. Abrió la portezuela y saltó sobre un suelo de hierba mullida y fresca.

Constantino no podía creerlo. Estaba vivo y no había chocado contra nada.

Se abrió de brazos y de su garganta, con toda la fuerza de sus pulmones, brotó un grito que rompía el silencio de la noche, una noche que, sorprendentemente, ahora estaba serena, plagada de estrellas y una gran luna redonda brillaba frente a sus ojos.

La tormenta se había esfumado como si se disolviera entre las miríadas de estrellas. No sabía dónde estaba, pero gritaba a la vida, a su suerte, a no sabía qué.

Sentía la imperiosa necesidad de proferir aquel largo y fuerte grito dando rienda suelta a un impulso atávico.

Constantino no había llegado a razonarlo, pero él, como todos, no llegaba al mundo de los mortales con su memoria genética limpia. Generación tras generación, iba quedando un poso en la memoria de los mortales: Odio, amor, miedo, la desesperación por la supervivencia.

Constantino había gritado en un lugar donde no parecía haber nadie que pudiera oírle, pero se equivocaba.

Miró el reloj y vio que eran las doce de la noche.

Observó en derredor. El riachuelo no emitía ningún murmullo, discurría silencioso y sus aguas se veían negras con los brillos propios de la reverberación de la luz de la luna.

Echó a andar por el camino que había recorrido con el vehículo. Tenía que encontrar a su tío que se había lanzado de la camioneta. El viejo podía haberse roto algún hueso y tendría que ayudarle. Aquellos parajes eran muy solitarios, habría dificultades para encontrar un médico.

Había caminado unos cien pasos cuando tuvo la sensación de que era observado.

Giró la cabeza. Había árboles, pero aquel bosque estaba bastante limpio de maleza y la tierra se hallaba alfombrada por fina y espesa hierba. Al principio no vio a nadie, pero estaba seguro de que le observaban; aquella misma sensación ya la había experimentado

otras ocasiones.

Siguió andando en busca de su tío, pero de pronto se detuvo y giró la cabeza con brusquedad. La luna era suficientemente grande y luminosa como para permitirle descubrir una silueta humana que pasaba de un árbol a otro, como tratando de ocultarse tras ellos.

—Maldita sea, ese no es tío Pierre —se dijo entre dientes.

No estaba lejos de donde viera moverse aquel ser, por lo que tomó la decisión de abordarlo para pedirle que le dijera donde estaba el pueblo más próximo y la forma de ayudar a su tío.

Cuando ya estaba a punto de alcanzar el árbol, la sombra apareció detrás de éste y echó a correr. Un gorro le cubría la cabeza. Vestía una zamarra, pantalones y llevaba los pies descalzos porque se le veían claramente.

—¡Eh, espera, no te voy a hacer daño!

Trató de alcanzar a aquella figura pero se le escapaba de los dedos. Optó por darle un empujón y viéndola caer, se le echó encima para sujetarla.

—¡Quieto, quieto!

El desconocido se revolvió tratando de zafarse. Constantino lo puso boca arriba y pudo verle bien.

—Vaya, si es una chica, una chica hermosa y enfurecida.

—¡Vete, vete! —le pidió ella, con un acento desconocido para Constantino.

—No te va a pasar nada, sólo quiero saber dónde está el pueblo más cercano.

La desconocida que forcejeaba para escapar alzó una de sus manos y arañó el rostro del joven que notó la herida como varias quemazones.

—¡Salvaje!

La mujer trató de herirle nuevamente. Constantino la cogió por las muñecas para sujetarla, pero ella tenía una fuerza inusual. En la lucha, se le abrió la zamarra y la blusa y quedaron desnudos sus pechos duros y agresivos como toda ella, blancos a la luz de la luna.

—¡Diablos!

No sabía si dejarla suelta para que escapara o tratar de sujetarla mejor. Lo cierto es que ella no gritaba, luchaba como una fiera pero en silencio.

No supo si fue culpa de él o de ella, pero las ropas se le abrieron en su totalidad y la semidesnudez de la hermosa joven excitó a Constantino de tal manera que las estrellas se multiplicaron en sus retinas.

Todo ocurría aprisa, tan aprisa que Constantino perdía el control

de sí mismo. La feroz rebeldía de la mujer se convertía en un cortejo excitante del que no podía escapar. Era como llenar de miel la boca de un goloso, tenía que tragársela.

Habiéndola ya penetrado, se sintió como lanzado en un galope sin freno, ebrio de sensaciones. Nunca antes se había sentido como en aquellos momentos. Era como nadar en un río de lava que todo lo abrasaba, como estar mirando un cambiante calidoscopio que cegaba y enloquecía. Era como fundir todo su cuerpo y transformarlo en ardiente semen que se le escapaba sin freno, con una abundancia insospechada.

Agotado, casi sin sentido, se desplomó sobre la desconocida, pero ella se deslizó por debajo del cuerpo del hombre y escapó, disolviéndose en la noche.

Cuando él quiso buscarla, ya era tarde.

—¿Dónde estás, dónde estás? —preguntó, mirando en derredor.

Se sentó en el suelo y en voz alta, como si ella estuviera delante de él, dijo:

—Perdóname, yo no había pensado en violarte, pero es que tú me has provocado... Yo no soy así, no soy un canalla.

De aquellas entrecortadas disculpas que nadie más que él podía oír, pasó al recuerdo de la memoria inmediata y comprendió que antes jamás había gozado de sensaciones tan intensas. No era la primera mujer con la que se acostaba, pero jamás ninguna le había proporcionado tanto placer y estaba seguro de que ninguna otra podría igualarla. ¿Qué tenía en su cuerpo aquella desconocida?

—¡Constantinooo!

El grito llegaba lejano, en tono quejoso y lastimero.

Oía la llamada de su tío y le costaba volver a ser dueño de su mente, de sus acciones. Había sido una locura de fuego y amor, sí, porque lo que había vivido en breves momentos no era sólo sexo, era mucho más, todo él se había abrasado en aquella unión total y absoluta con la mujer.

—¡Constantino!

—¡Tío Pierre, voy! —respondió al fin, y echó a andar en la dirección que le llegaba la voz.

Descendió por una cuesta, subió por otra. Al fin, apoyado contra un árbol y gracias al gran plenilunio que les iluminaba, le distinguió.

—¡Ya estoy aquí, tío!

—Muchacho, ayúdame, me he roto una pierna —dijo con la dificultad que el dolor ponía en su voz.

—Vaya, eso sí que es un problema.

—¿Y tú?

—Nada, al final no hemos chocado.
—¿Y la camioneta?

Cerca del riachuelo, se ha detenido sola.

Antes de ponerla en marcha hay que revisar los frenos, yo no me atrevo a enfrentarme a otra pendiente con ese trasto.
—Hay que encontrar a alguien que nos ayude, mi pierna está rota.
—Le dejaré aquí e iré en busca de alguien. Su mapa indicará si hay alguna casa o un pueblo.
—Hay casas y una aldea cerca de aquí, lo dice el mapa, está hacia el nordeste.
—Pues, voy a buscarlo.
—¡No me dejes solo aquí!
—Si tiene la pierna rota, no podrá caminar.
—¡Por todos los diablos, haz algo por ayudarme! —protestó Pierre Givré tratando de ponerse en pie.
—No entiendo qué clase de peligro correrá aquí, pero no le dejaré solo. Veamos qué se puede hacer con su pierna.
El anticuario profirió varios quejidos de dolor.

—No parece una rotura muy mala, pero hay que sujetarla. Cogeré algunas ramas y con un par de correas le inmovilizaré la pierna para que el hueso no le hiera más.

Arrancó varias ramas de árboles y con una navaja las limpió y cortó a la medida que juzgó adecuada. Después, con su propio cinturón y el de su tío, le sujetó fuertemente la pierna.

—Ahora le iría bien un trago de whisky.

—O de ginebra. En la camioneta tengo una botella.

—Bien, puedo ir a buscarla, aunque la camioneta está lejos.

—No te vayas, yo te acompaño.

—¿Podrá?

—Ayúdame, varaos, ayúdame.

Le ayudó a ponerse en pie y le pasó su brazo por detrás del cuello alzándolo en el aire.

—Le va a doler andar así.

—Camina y déjate de puñetas —gruñó el anticuario nómada.

Avanzar se hizo difícil pese a que la tierra estaba alfombrada de hierba. Ver a poca distancia era fácil, pero no lo era tanto a lo lejos.

—¿Dónde diablos está la camioneta?

—Junto al riachuelo. Sé que está por aquí, pero no la veo.

—Podías haberío fijado mejor por donde andabas.

Lo cierto es que Constantino sólo se había fijado en la misteriosa y abrasadora desconocida. En su mente había sido como una lluvia de polvo de magnetita sobre una brújula: Le había desorientado

completamente. Se había sentido como subido a un carrusel desenfrenado y luego, bruscamente empujado fuera de él. ¿Quién sería aquella mujer?
—Eh, allí hay luz. ¿No la ves?
Anduvieron en dirección a la luz que se veía a distancia. No seguían un sendero, pero el lugar tampoco era malo, todo estaba cubierto por la hierba silvestre. Mas, a cada paso que avanzaban, un gemido de dolor escapaba de la garganta de Pierre Givré.
—Aguanta un poco, eso parece el pueblo que buscamos.
—La condenada pierna duele mucho. Cuando lleguemos, busca a un médico.
—Sí, claro.
—Luego, vas en busca de la camioneta y la reparas. Subido a ella me sentiré mejor.
—Aunque le reduzcan la fractura, le seguirá doliendo durante el viaje.
—Con tragos de ginebra pasaré.
—Ya estamos entrando en el pueblo. Ah, ahí está el riachuelo que yo he visto.
—Antes me has dicho que la camioneta estaba junto al riachuelo.
—Sí, pero debe ser más abajo. No hay pérdida, siguiendo el curso del río la encontraré.
—Mejor. ¿Qué hora es?
Constantino buscó las saetas fosforescentes de su reloj y dijo:
—Las doce. —Quedó pensativo y tras reflexionar, exclamó por lo bajo—: Qué raro, las doce debían ser hace una hora por lo menos.
—Se te habrá parado el reloj.
—Sí, eso será.
Pierre Givré trató de ver su propio reloj y no pudo.

—Habrá que encender un fósforo para verlo.

—Yo lo enciendo.

El anticuario se apoyó contra un árbol mientras su sobrino encendía un mixto y trataba de iluminar la esfera del reloj de bolsillo de su tío.

—Diablos, ha debido recibir un golpe en la caída y se le ha roto el cristal.

—Sí, y también se ha parado en las doce.

—Pues nos hemos quedado sin saber la hora. En fin, los viajes hacia lo desconocido suelen deparar sorpresas.

—Si gamos.

Cruzaron un puente de madera para pasar el riachuelo que discurría manso y silencioso.

En la aldea había luces encendidas, pero no brillaban con la intensidad a la que sus ojos estaban acostumbrados.

—Eh, eso parece una taberna. Ahí dentro habrá gente, nos indicarán dónde está el médico y podré tomar un trago que buena falta me hace.

Las construcciones de aquel pueblo eran oscuras. Hechas con piedras y troncos, parecían tener muchos años.

La humedad ambiental debía ser intensa y permanente, pues el musgo crecía en los troncos casi cubriéndolos.

Subieron al porche y tras abrir la puerta de la taberna, penetraron en ella. Allí dentro había una gran chimenea hogar encendida; sin embargo, hacía frío.

El local estaba iluminado con lámparas de aceite distribuidas estratégicamente.

Entre quejidos, Pierre Givré comentó:

—Parece que aquí no hay electricidad.

—Eso es lo que menos importa ahora —replicó Constantino tratando de darle ánimos e infundirle confianza.

Lo sentó en una silla frente a una larga mesa de gruesos tablones llena de marcas hechas con puntas de cuchillos.

—Hola —saludó un tipo algo huesudo. Tenía la piel color de ceniza y su aspecto era patibulario, nada tranquilizador.

—¿Hay un médico por aquí? Mi tío se ha roto una pierna.

—Si, hay un cirujano.

—Pues, llámelo rápido, pero antes deme algo fuente para beber, ginebra, whisky o lo que haya, no aguanto más. Dígale a ese cirujano que le pagaré bien, pero que me libre de este maldito dolor.

—En seguida —asintió el tabernero.

Había poca gente en la taberna y todos tenían rostros cenizos, oscuros. Ninguno reía y todos miraban con inusitado interés a los recién llegados.

—Este sitio no me gusta, tío.

—¿Crees que nos robarán?

—No creo. Hace frío y no me huele bien.

—Tonterías.

El tabernero puso sobre la mesa dos jarras de pesada madera llenas de bebida.

—Esto les sentará bien.

—¿Cuánto es? —preguntó Pierre Givré.

—No tenga prisa, habrá tiempo para pagar. Beban tranquilos, pronto vendrá el cirujano.

—No sé si es que esperan robarnos cuando estemos dormidos o que aquí la gente es muy pacífica —comentó en voz baja Pierre Givré mientras tomaba el asa de la jarra para llevársela a los labios.

—¡Caramba, qué fuerte es esto! —exclamó Constantino.

—Sí, de veras es fuerte —admitió el anticuario chasqueando la lengua después de haber bebido—. Puede ser una mezcla de algún aguardiente de la región con vino.

Bebieron de las jarras después de superar la primera impresión que les había causado aquella bebida desconocida.

Al fin, por la puerta que daba a la calle entró un hombre. Se cubría la cabeza con una inedia chistera y una capa gruesa y oscura de lana protegía SU cuerpo. Su rostro era tan sombrío y cenizo como el de los demás.

—Qué raro visten, ¿verdad, Constantino?

—Sí, es como si el tiempo se hubiera detenido aquí.

El tabernero se acercó al médico y le habló al oído. Este escuchó en silencio y después se acercó a Pierre Givré. Le observó a corta distancia sin decir palabra.

—Oiga, si es usted cirujano, redúzcame la fractura de la pierna, me duele mucho. Le pagaré bien.

El cirujano llevaba un bastón en la diestra y lo utilizó para golpear la pierna rota del anticuario que lanzó un grito de dolor.

—¿Qué hace? —bramó.

—¿Hace mucho que se ha roto esta pierna?

—No, no hace mucho, tres o cuatro horas. ¿Verdad, Constantino?

—Sí, eso será. No lo sabemos de cierto porque nuestros relojes se han parado.

—Tú y tú —el cirujano señaló con su bastón a dos de los presentes—. Llevad a este forastero a mi casa.

—Constantino, tú ve a arreglar la camioneta. Cuando tenga la fractura reducida, empezaré a buscar.

—Ahora piense sólo en curarse —le dijo el joven.

Dos de los hombres de la taberna ayudaron a levantarse a Pierre Givré y se lo llevaron casi en brazos siguiendo al cirujano.

El anticuario nómada comenzó o tararear una canción. La bebida ingerida parecía haberle mitigado el dolor de la pierna rota.

Cruzaron la calle y siguieron en dirección norte hasta llegar a la casa del cirujano donde entraron y luego cerraron la puerta.

—Estén muy anticuados en este pueblo, doctor.

—Llevadlo abajo —ordenó el cirujano mientras se quitaba el sombrero dejando al descubierto una reluciente calva de piel tan

gris como la de su rostro macilento y lúgubre.

—¿Abajo?

Nadie respondió a la pregunta de Pierre Givré.

Abrieron una puerta que daba acceso a una amplia escalera descendente y entre los dos tipos que le llevaban casi en volandas, lo bajaron al sótano iluminado por tres lámparas de aceite y el fuego encerrado en un hogar sobre el que colgaba un caldero ennegrecido por el humo.

En el centro de la estancia había una mesa rectangular de gruesos maderos con unas correas colgando y sobre ésta depositaron al anticuario.

—No me gustan los accidentes, pero si luego tienes la suerte de encontrar un buen médico...

Cuando quiso darse cuenta, las correas ya le inmovilizaban, impidiéndole toda posibilidad de escapatoria.

—No hace falta que me sujetéis tanto. Resistiré bien la reducción de la fractura.

El cirujano descendió con un maletín de trabajo que depositó en una pequeña mesa junto al herido.

Sacó unas grandes tijeras y cortó la pernera del pantalón. Después palpó con sus manos la pierna herida.

—No.es grave, ¿verdad, doctor? —preguntó Pierre Givré.

—No, no es grave. Salvaré su vida.

—¿Salvar mi vida? —Se rió ligeramente, con cierto sarcasmo— Si sólo se trata de una fractura, doctor.

—Cortaré justo por debajo de la rodilla, extirparé la rótula y le dejaré un buen muñón, no se podrá quejar.

—¿Cortar, un buen muñón? No debería usted bromear en circunstancias como ésta.

—¿Trata de decirme que no sé cuál es mi oficio? —preguntó, altivo y molesto el cirujano.

—No, no, pero comprenda que esas bromas no me gustan.

—No se trata de ninguna broma, señor, se trata de salvar su vida. Esta pierna, tal como está, terminaría por gangrenarse, envenenaría su sangre y le mataría. Sé cual es mi deber. Al pasar el tiempo me agradecerá esta mutilación.

—¡Usted está como un cencerro, quiero irme de aquí!

—Traed el caldero del aceite —ordenó el cirujano con frialdad.

El aceite caliente fue colocado en la misma mesita que los instrumentos cortantes. A Pierre Givré se le desorbitaron los ojos de terror y comenzó a gritar desesperadamente, pero allí sus gritos no parecían importar a nadie.

—Créame, es lo mejor. Cortando por la rodilla, no tendré que aserrar nada —dijo el médico— Con el cuchillo separaré limpiamente los huesos. Tiene usted suerte de que sea yo quien le ampute la pierna.

—¡Nooooo! ¡Constantino, auxiliooo!

Excepto el cirujano y sus dos ayudantes, nadie escuchó sus gritos en aquel sótano.

El afilado acero fue sumergido en el aceite casi hirviendo y luego, Pierre Givré notó como el cuchillo quemado cortaba sus carnes.

Siguió gritando sin poder escapar, estaba bien sujeto por las correas y tampoco podía entender como aquel cirujano empleaba un método tan brutal para curarle una simple fractura de tibia.

Era como si el médico cuyo nombre desconocía hubiera surgido de la noche de los tiempos para ensañarse con su pierna rota.

CAPITULO III

Anduvo junto al tranquilo y silencioso riachuelo buscando la camioneta que no aparecía. Constantino estaba convencido de que ya tenía que haberla encontrado cuando se detuvo.

Entre preocupado y receloso, miró en derredor. Sobre él, reinando entre las estrellas, el gran plenilunio que ofrecía luz suficiente como para prescindir de luces artificiales.

—Qué raro —se dijo— He caminado lo suficiente como para encontrar la camioneta, estoy seguro de que no puede estar lejos.

La luz de la gran luna llena le permitía ver sin dificultad alguna, pero a no mucha distancia. Los árboles ofrecían una imagen fantasmagórica y le rodeaba un silencio inquietante. No había ningún ave que se hiciera notar, como podía ser un autillo o un búho, tampoco otra clase de bestezuelas. El denso silencio obligaba al joven a oírse a sí mismo, sus pasos sobre la hierba mullida, el roce de sus ropas, su propia respiración.

Creyó haber avanzado otros tres kilómetros cuando volvió a detenerse para mirar en torno.

—Nada.

Reguló su respiración. Había estado avanzando rápidamente, forzando la marcha. No podía calcular el tiempo. Su reloj estaba detenido en las doce.

—O se han llevado la camioneta o no es el mismo riachuelo —gruñó, dando por sentado que había caminado lo suficiente como para encontrar el vehículo.

Se fijó en la colina que estaba al este. Sobre ella se recortaba una figura que parecía un caserón, pero no se veía bien, hasta podía tomarse por una distorsión de visibilidad causada por la luz del plenilunio.

—Mañana, cuando salga el sol, volveré por aquí y la encontraré, estoy cansado.

Dio media vuelta para deshacer el camino hecho desde el pueblo hasta aquel lugar.

Mentalmente culpó a su tío por hallarse en un sitio tan extraño.

Su tío buscaba antigüedades valiosas a precios bajos para luego venderlas a los grandes anticuarios a buen precio.

Los grandes compradores de antigüedades para museos y mansiones regias no se iban a fiar de un pobre diablo como Pierre Givré. Otro anticuario de prestigio habría de darles el certificado de auténticas y valiosas.

Constantino se dijo que aquel era un negocio más complicado de lo que había supuesto y salvo que encontrara joyas de indiscutible valor, no se haría rico nunca.

Estaba exhausto. La bebida de la taberna le había dado fuerzas para caminar sin dificultad, pero necesitaba descansar. A su mente volvió la imagen de la joven desconocida. Se sentía mal por su comportamiento con ella.

“Ella me ha provocado, me ha excitado. No sabía lo que me hacía, no soy ningún violador".

Llegó hasta el puente de madera y lo cruzó para luego tomar el camino ancho que se introducía en el oscuro pueblo falto de electricidad.

Ya internado en la aldea, descubrió a no menos de cinco hombres de rostros patibularios, rostros que intranquilizaban, empujando un carro repleto de leños. El carro parecía pesar mucho y las ruedas se trabaron en una especie de escalón que allí había.

—Tú, ayúdanos, hace falta fuerza —le dijo un tipo alto que vestía un extraño uniforme.

—Sí, claro, pero es que tengo que ver a mi tío.

—Luego. Ahora, empuja el carro, hay que llevarlo hasta la plaza Mayor —le ordenó tajante aquel personaje que Constantino no sabía si calificar de militar o de policía. La noche engañaba y allí sólo había luz de algunas antorchas colocadas en las paredes de las casas para iluminar la calle.

Constantino se dijo que no era tan importante encontrar a su tío en seguida y si ayudaba a aquellos hombres, ellos podían luego ayudarle a él. Debía encontrar la camioneta, pero también tenía que averiguar quién era la bella desconocida a la que había amado en el bosque ubérrimo de hierba y pobre en árboles.

Sacaron el pesado carro del atolladero y lo empujaron por la calle angosta de suelo pavimentado con piedras de río.

—Vamos, aprisa, no hay que perder tiempo —apremiaba aquella especie de policía.

El carro entró en la plaza del pueblo y Constantino vio más gente reunida allí. Había un gran poste en el centro de la plaza en cuya base iban amontonando maderos y haces de leña pequeña.

Varias docenas de antorchas daban a la plaza un resplandor rojizo. Se olía el humo de las antorchas y se palpaba tensión en el aire.

Constantino se percató de que estaba sudando y se pasó el dorso de la mano por la frente para enjugar el sudor que le molestaba.

—¿Hay una fiesta mayor aquí? —preguntó a los dos hombres que tenía más cerca.

—¿fiesta? —repitió uno de ellos, muy sorprendido.

Otro inquirió:

—¿Es que no lo sabes?

—¿Saber el qué? Soy forastero, he llegado esta noche.

—Sí, ya sabemos que eres un forastero —dijo el tipo que daba las órdenes—. Yo soy el alguacil mayor Kawer.

—Ah, pues mucho gusto. ¿Qué es lo que ocurre aquí? ¿Hay que encender una noguera?

—Así es, joven, una hoguera que arderá a la amanecida —le explicó con voz lúgubre.

—¿Cuando salga el sol?

—Sí, esa será la hora —continuó explicando el alguacil mayor Kawer—. Y sobre esa hoguera arderá la bruja.

—¿La bruja?

—Sí. No escapará a la purificación, arderá hasta los huesos y su espíritu caerá en brazos de Satanás por toda la eternidad.

Constantino miró la hoguera muy preocupado. Por un momento pensó si se estarían riendo de él, pero no, aquella gente hablaba en serio, sus rostros no parecían propicios a la broma.

—¿De veras van a quemar a una bruja al amanecer?

—Así es, joven, y tú, aunque seas forastero estás ayudando a que se lleve adelante este acto de fe, porque todos sabemos que las brujas, las hijas del príncipe de las tinieblas, deben ser quemadas vivas.

Hubiera querido hacer más preguntas pero no lo consideró prudente ni oportuno. Aquellos individuos estaban muy entusiasmados amontonando leña para quemar, a una supuesta bruja.

—¿Qué murmuras, joven? —inquirió hosco el alguacil Kawer.

—Nada, que esperaba encontrar a mi tío. ¿Sabe usted cuál es la casa del médico?

—¿Te refieres al cirujano?

—Sí, claro.

—luego alguien te llevará hasta la casa que buscas, ahora ayuda a descargar la leña.

—Ya he ayudado bastante, no tengo por qué ayudar más. No

quiero tomar parte en todo esto aunque sea una diversión para el pueblo y al final sólo se quesee una muñeca con forma de bruja.

—¿Una muñeca con forma de bruja? —Los ojos del alguacil mayor semejaron desorbitarse llenos de asombre— ¿Estás loco? Quemaremos a la bruja en carne y hueso, así lo sentenció el tribunal y así se cumplirá. Sigue descargando leña a menos que quieras que mis ayudantes te arresten y te lleven a los calabozos del ayuntamiento.

La situación que estaba viviendo no agradaba en absoluto a Constantino, le parecía una pesadilla nocturna de la que forzosamente habría de despertar.

Era imposible creer que estuvieran preparando una pira para quemar viva a una bruja corno se hacía en los oscuros tiempos de la civilización europea, tiempos ya casi olvidados.

No, no podía ser verdad; sin embargo, él, con sus propias manos, había apiñado leña alrededor del alto poste al que se suponía encadenarían a la bruja para que no pudiera escapar cuando el fuego hiciera presa en su cuerpo.

Sí, tenía que tratarse de una pesadilla o de una celebración folklórica que acabaría con un muñeco en la hoguera, pese a que le habían advertido que no sería así.

Al percatarse de que el tipo que decía llamarse Kawer se alejaba para dar otras órdenes a hombres que estaban en la plaza, Constantino se apartó del carro y trató de disolverse entre la gente concentrada en la plaza y que se iluminaba con antorchas, esperando el acto de fe por cremación, una de las formas de muerte que a lo largo de los tiempos y las generaciones más había aterrorizado a los seres humanos.

—Señor, haga el favor de acompañarnos.

Le sorprendió aquella petición.

Un sujeto de rostro pálido, cenizo y grave como los de cuantos le rodeaban, pero más bien vestido, acababa de interpelarle y no tardó en darse cuenta de que otro hombre que vestía de la misma manera se había colocado tras él.

—¿Acompañarles, adónde? —inquirió ceñudo y desconfiado.

No le gustaba aquel pueblo tan siniestro. Tenía que encontrar la camioneta y recoger a su tío que ya tendría la fractura reducida y sin duda le pediría que se marchasen de allí.

—La señora quiere verle —le dijo con voz grave.

—¿La señora, qué señora? Disculpen, pero no tengo el placer de conocer a nadie de este lugar que ni sé cómo se llama.

—la señora es la condesa de Deadwood.

—Bueno, si no me queda otro remedio —aceptó al ver que el alguacil mayor le observaba a distancia.

Aquellos dos hombres que podían ser dos sirvientes de confianza de la condesa de Deadwood le condujeron a una puerta amplia de dintel en arco, cincelado en piedra.

Le franquearon la entrada y le hicieron pasar al interior de la mansión cuyo interior aún era más regio de lo que podía suponerse al verla desde afuera.

Pasaron junto a unas carrozas allí guardadas y Constantino pudo oír relinchos de caballos, por lo que dedujo que había cerca una cuadra. Llegaron al patio de caballos y subieron por una escalinata de piedra, encontrándose con otra puerta más recia y pequeña que le fue franqueada.

Fue conducido a una antesala. El criado que le hablara con anterioridad le pidió antes de alejarse:

—Aguarde un momento, por favor.

Constantino asintió con la cabeza y se acercó a la ventana mientras el otro criado montaba guardia junto a la puerta.

"Desde aquí se ve todo mejor", pensó el joven.

La plaza Mayor estaba allí mismo. Desde el ventanal podía ver con toda claridad la montaña de leña y el poste con cadenas que sobresalía en lo alto.

Vio como unos hombres se llevaban el carro que antes estuviera lleno de leña y las decenas de antorchas encendidas que iluminaban la noche en espera del amanecer.

—Señor, la condesa le espera.

CAPITULO IV

La vio alta y esbelta frente a un amplio ventanal encristalado.

La sala estaba iluminada por varios candelabros y el aire olía a cera quemada. Avanzó hacia la bella desconocida. Era la primera vez en su vida que Constantino se acercaba a una aristócrata, por lo menos sabiendo que lo era.

Cuando ya estuvo muy cerca de aquella mujer de cabellos negros, con gruesas trenzas peinadas en un gran rodete, ella se volvió y el joven pudo ver sus grandes ojos oscuros y brillantes. Su boca carnosa, pintada en rojo oscuro, mostraba levemente una doble y perfecta hilera de dientes.

—Buenas noches, forastero.

—Me llamo Constantino Givré.

—Me han hablado de que habías llegado a la villa y te he visto desde estos ventanales.

Desde aquella sala también podía verse la plaza en la que iban a quemar a la supuesta hechicera.

—Estoy de paso. He llegado con mi tío que es anticuario.

—Me han dicho que está en la casa del cirujano,

—Así es, se ha roto una pierna en un accidente.

—No temas por él, el cirujano es muy bueno y le salvará la vida.

—¿La vida? Sólo se ha roto la pierna —puntualizó Constantino.

La condesa se apartó del ventanal dándole la espalda. Constantino observó que su vestido era largo hasta los pies y le pareció poco usual, más propio de un carnaval. Destacaba en él un gran escote que apenas podía ocultar las puntas de unos grandes pechos pletóricos y casi reventones, que parecían querer escapar de su débil encierro de tela verde oscuro.

—Cenarás conmigo, muchacho. —Ladeó la cabeza y sonrió al mirarle—. No te molesta que te llame muchacho, ¿verdad? Soy mayor que tú.

—No, no me importa.

Constantino se preguntó a sí mismo cuál podía ser la edad de aquella mujer madura y no consiguió darse una respuesta. Tenía la

piel pálida y casi gris como los demás, pero era muy hermosa y con algunos años menos, debía haberlo sido aún más.

Le condujo a otra salita comedor más pequeña y cálida, pues había una chimenea encendida. Dos candelabros de tres brazos iluminaban una mesa alargada con sólo dos sillas situadas a cada extremo de la mesa.

Constantino no sabía la hora, le pareció que debía ser madrugada, no era hora de cenar, pero su estómago le invitaba a comer y por ello tomó asiento donde le indicaron y aguardó a que los criados les sirvieran.

—¿Te encuentras a gusto?

—Sí, claro, y la comida es excelente —dijo Constantino viendo como escanciaban vino de una artística botella con esmaltes de oro, un vino fuerte y denso que se hacía notar al embolsarse en el estómago.

—¿También eres anticuario?

—Bueno, un poco, soy ayudante de mi tío, él si que sabe.

—¿Qué os interesa, en realidad?

—Objetos, óleos, pequeños muebles y también joyas antiguas.

—¿Y para qué queréis comprar esas cosas?

—Pues, para venderlas a quienes deseen comprarlas.

—Comprendo. Te mostraré algunas de las cosas que tengo en este pequeño palacio.

—Muy bien. Ya le hablaré a mi tío de ello, para eso hemos venido.

—Pero yo no vendo nada.

—Si es así… —Bebió vino de la copa que un criado se encargaba de mantener llena—. De todos modos, será interesante ver lo que usted tenga en más aprecio. Por cierto, ¿y el conde?

—El señor conde —suspiró—, murió hace algún tiempo. Los hechizos satánicos le mataron.

—¿Hechizos satánicos? —repitió perplejo.

—Sí. Costó mucho descubrirlo, pero al final se supo: La bruja será quemada viva como merece.

—Pero, ¿va en serio eso de quemar a una supuesta bruja?

La condesa de Deadwood le miró muy sorprendida.

—Naturalmente.

Constantino deseó preguntar si todo aquello no era más que una pesadilla, pues no podía creer que hubiera llegado a un pueblo donde se quemaran brujas. Mas, por la expresión de la condesa se dijo que era mejor no preguntar sino seguirle la corriente.

—Te noto muy preocupado, muchacho. ¿Es que este vino es

demasiado fuerte para un extranjero como tú?

—Quizás. Es un vino excelente, jamás había probado otro con semejante cuerpo, casi parece sangre.

—El vino es la sangre de la tierra —dijo ella.

Al terminar la cena que dejó casi ahíto a Constantino que no había esperado sentarse a una mesa tan bien servida, se dejó llevar por la condesa a una especie de gran desván que iluminaron con el candelabro de tres velas que el joven portaba en su diestra.

—Mira lo que hay guardado aquí, muebles y trastos viejos. ¿Es esto lo que busca tu tío?

—Es posible —asintió Constantino quitando con la mano el polvo de una cajonera—, pero no creo que se pudiera llevar todo lo que hay aquí. El escogería algunas cosas, especialmente los cuadros, si es que los considera aceptables.

Constantino estaba seguro de que su tío sería feliz allí dentro quitando el polvo a los muebles y cuadros para poderlos seleccionar, pero aquello no podía decirlo. Una de las normas para ser un buen comprador de objetos antiguos era el de no alertar demasiado al vendedor, no hacerle concebir ilusiones y en todo momento decirle que todo aquello no valía nada, que el mercado de antigüedades estaba lleno de objetos y cuadros semejantes y que seguramente iba a perder mucho dinero en aquel negocio.

El joven era incapaz de soltar tantas mentiras seguidas, pero su tío era muy hábil, casi un actor.

—Nunca había pensado que vendería nada a un chamarilero —dijo la condesa que procuraba estar en todo momento muy cerca del joven e incluso trataba de rozarle con su cuerpo.

Constantino comenzó a mirar los cuadros que se hallaban amontonados sin cuidado alguno, unos encima de otros. La descubrió de pronto y quedó fascinado.

Rápidamente, asió aquel cuadro que para él destacaba entre los demás y lo colocó sobre una butaca, iluminándolo mejor con las velas del candelabro.

—¿Cómo es posible que este cuadro maldito y diabólico siga aquí? —exclamó la condesa.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Constantino sin apartar sus ojos de la bellísima mujer que parecía viva dentro del lienzo y cuyos labios sensuales semejaban sonreírle.

—Es Deseada, la bruja, la ahijada del Príncipe de las Tinieblas, la culpable de todas las desgracias que ocurren en la villa.

—Condesa, ¿no cree que en este lugar ven brujas por todas partes?

—Aquí no hay más brujas que ella y al amanecer morirá.

Constantino se dio cuenta de que le temblaban las manos. Lo que acababa de oír, pese a lo inverosímil que resultaba, le había impresionado vivamente.

—Ella fue la maligna hechicera que asesinó al conde.

—Me cuesta creer eso.

—Puedes estar seguro, muchacho. Le hechizó y murió enloquecido, como envenenado. No sé cómo lo consiguió, pero ella lo hizo y un tribunal la condenó.

—¿Un tribunal, qué clase de tribunal?

—El que yo nombré.

—¿Usted, condesa?

—Sí. Aquí tengo potestad concedida en gracia por la corona a este condado.

—Yo creía que los tribunales de justicia...

Ella no le dejó terminar.

—Tú crees demasiadas cosas, muchacho. Sin duda vienes de un lejano país donde todo puede ser diferente, pero ahora estás aquí. Ella ha sido condenada y pagará por lo que hizo. Todos quieren verla morir en la hoguera. Nadie duda de sus poderes, de sus malignos hechizos. Hace tiempo que todos en este condado esperamos que llegue la amanecida en que las llamas se eleven con fuerza y quemen el cuerpo de esa maldita. Ahora, dame ese lienzo, arderá también en la hoguera.

—¿No podría perdonar este cuadro? En realidad no es ella misma y mi tío estará interesado en comprarlo y por un buen precio; en mi opinión es una pintura muy original.

—No —replicó tajante, molesta—. Todo lo que haga alusión a ella arderá hasta convertirse en cenizas. Su memoria ha de desaparecer, no tendrá tumba ni lápida que la recuerde. Sus cenizas serán enterradas en la encrucijada del camino y el lugar será maldito, también se quemará el caserón.

—¿El caserón?

—La casa donde nació y ha vivido, el caserón que heredó de su familia, todos gente infame. Su padre murió en la horca, aunque no se sabe seguro si fue él o un maldito brujo que visitó a su madre y luego fue tragado por la tierra.

—¿Y la madre de Deseada?

—La encontraron muerta en el estiércol, así vivió toda su vida y así halló su fin, posiblemente después de embrutecerse con soldados y vagabundos.

—Y la joven Deseada quedó sola.

—Sí, sola, pero protegida por Satán. En vez de rezar y llorar, ella siempre estaba riendo a carcajadas, sus risas podían oírse en los prados y bosques, enloqueciendo a los hombres.

—¿Y por eso la llamaban Deseada?

—Haces demasiadas preguntas, muchacho. Ahora varaos a llevar este lienzo abajo, no sabía que estuviera aquí en el desván.

—Quizás lo mandó pintar el conde.

—Es posible, y debió ser entonces cuando lo hechizó.

Constantino hubiera querido discrepar con la condesa, pero pensó que en aquellos momentos, cuando la ira asomaba a los ojos de la todavía hermosa mujer y que el deseo de venganza se reflejaba en el temblor de sus labios, era mejor callar y no irritarla más. En otro momento ya buscaría la forma de evitar que aquel cuadro fuera quemado en la hoguera. Si su tío no lo quería, se lo quedaría él.

—Ya se lo llevaré yo, condesa.

—Vamos. El hallazgo de este lienzo me ha irritado, pero todo se me pasará cuando al amanecer lo vea arder a los pies de Deseada.

—¿Dónde está ahora Deseada?

—¿Dónde va a estar? En las mazmorras, esperando la amanecida.

Constantino dudó. Si ella estaba en las mazmorras no podía ser la misma mujer que encontró en el bosque y a la que había amado con violencia. Después, todo había sido como un sueño, pero ¿realmente ella era una bruja?

—Me gustaría verla antes de que...

—¿Te gustaría verla? —Le miró con cierta malignidad y se echó a reír—. No, muchacho, no ella es la Deseada, te volvería loco como a los otros hombres. Hechiza, ya lo ves, hechiza sólo con verla pintada en un lienzo. Ven, te enseñaré las joyas.

Cargado con el cuadro y el candelabro, Constantino siguió a la condesa por un ancho pasillo. Aquella especie de palacio, por dentro era más grande y regio de lo que cabía suponer visto desde el exterior. Allí dentro podía perderse un recién llegado como él.

Entraron al fin en una amplia alcoba donde había una gran cama de matrimonio con dosel de gasas oscuras.

La chimenea estaba encendida. Unos gruesos leños se veían envueltos por llamas pequeñas.

—Ahora verás.

La condesa sacó cinco llaves de entre sus ropas y se encaró con una doble puerta de maderos recubiertos con plancha y herrajes de bronce. Fue introduciendo las llaves en cada uno de los agujeros de

cerradura que había en la doble puerta.

La condesa de Deadwood parecía conocer muy bien, incluso a ciegas, cual de las llaves correspondía a cada cerradura, quizás porque solía utilizarlas muy a menudo.

Constantino permaneció expectante hasta que las puertas se abrieron y apareció un ábside poco profundo y con estantes adosados en las paredes. Era como un armario de dos metros de hondura por otros dos de ancho.

—Acerca las velas —exigió la mujer con un ligero temblor de emoción en sus labios muy rojos.

El joven obedeció y las débiles llamas del candelabro iluminaron cuanto allí había, arrancando un silbido de admiración de sus labios.

—Jamás había visto un tesoro semejante.

Brazaletes, collares, diademas, tres coronas que podían haber sido arrancadas de la testa de algún rey derrotado quién sabía en qué batalla, oro, plata, perlas, diamantes, esmeraldas, rubíes. También había abundancia de monedas de oro de distintos países.

—¿Qué te parece, extranjero?

—Maravilloso. ¿Los del pueblo saben que este tesoro está aquí?

—Lo imaginan, pero este es el tesoro del condado, no de los villanos, de la plebe, de la chusma.

—Con esto se podría comprar de todo.

—Por ahora no hay que comprar de nada —dijo ella, pasando su mano por la corona principal en la que destacaba una enorme esmeralda.

A Constantino le llamó la atención un grueso anillo de oro sobre el que había montada una piedra negra y encima de ésta, en fino oro, una especie de araña cogía toda la piedra.

—¿Qué significa esta araña?

—Todos los condes de Deadwood han nacido bajo el signo de arácnido, es la tradición.

—¿Signo arácnido? No entiendo.

La condesa explicó:

—Es un signo del zodíaco, el signo trece que no consta en los calendarios plebeyos. [1]

—No sabía que existiera ese signo zodiacal.

—Pues existe y los seres nacidos bajo la Influencia de arácnido están dotados de poderes extraordinarios.

—¿Y vuestro hijo también es de este signo?

—No tengo hijo.

—¿Hija, acaso?

—No. —Le miró directamente a los ojos y explicó—: Mi marido el conde era Impotente. No pudo hendir en mi vientre la semilla para que fructificase.

—Vaya, y se murió así, claro —dijo con falso gesto de pesar.

—Sí, y si yo muero sin descendencia, todo se perderá. La chusma invadirá el palacio, robará este tesoro y volverá a desperdigarse por el mundo.

—Pues, como no vuelva usted a casarse…

—No puedo.

—¿No?

—El conde era él, yo era la consorte y por tanto, la línea de descendencia directa era la suya.

—Entonces no hay remedio.

—Sí lo hay.

Constantino esbozó un gesto de escepticismo.

—Como no adoptéis a alguien del pueblo.

—Necesito una semilla en mi vientre para que fructifique. Después, cuando la criatura nazca, ella será la heredera y yo la protegeré y aconsejaré mientras viva.

—Pero, el pueblo no se va a tragar eso.

—El pueblo aceptará lo que yo diga —puntualizó tajante— Esta amanecida será la muerte de la hechicera y yo proclamaré a gritos que con la muerte de Deseada se ha roto el hechizo y la semilla que mi amado difunto dejó dentro de mí ha podido fructificar al fin.

Constantino pensó que nadie podía ser tan estúpido como para tragarse semejante embuste, pero la vio tan convencida de lo que decía que pensó que, sino creída, por lo menos sí sería obedecida.

—Estoy hecho un lío —confesó en voz alta, y mentalmente se dijo: “Esta pesadilla tiene que acabar en cualquier momento, estoy hablando y viviendo como si estuviera en otro siglo, no entiendo nada. ¿Me habré vuelto loco?"

—Tú eres el extranjero que esperaba que llegase para pedirle su semilla.

—¿Qué?

Ella le quitó el candelabro de la mano y lo depositó sobre el mármol de una cajonera. Mientras, Constantino tomó el anillo del condado y se lo guardó en un bolsillo. Ya no había luz suficiente para notar su falta.

Ante el asombro de Constantino, la condesa comenzó a quitarse las ropas delante de la chimenea encendida.

Cuando su cuerpo estuvo desnudo en su totalidad, el joven pudo comprobar que era una mujer más bella de lo que había supuesto en

principio. La trenza negra estaba deshecha y los cabellos caían sobre su piel blanco grisácea.

Ella anduvo despacio haciendo ondular sus caderas, sus nalgas, y se acostó en la cama.

—Ven, extranjero, te necesito. He estado esperando mucho tiempo tu llegada.

El joven se dijo que negarse en aquel momento podía traerle demasiadas complicaciones. Aquella mujer no estaba sola en el palacio, tenía criados posiblemente dispuestos a apuñalarle si ella lo ordenaba.

—¿Creéis que soy el más adecuado para asegurar la descendencia de este condado?

—Sin duda. No puede ser nadie del pueblo villano, debe ser la semilla de un extranjero. Ven —le pidió con voz ronca.

El cuerpo desnudo de la bella mujer onduló perezosa y sensualmente sobre la cama.

CAPITULO V

Las carcajadas eran de mujer joven, de voz limpia. Eran carcajadas burlonas, sarcásticas, incluso malignas.

La condesa y Constantino buscaron con la mirada sin descubrir a nadie. Estaban solos en la amplia y regia alcoba.

Las llamas del candelabro iluminaban la estancia ayudadas por el fuego de los leños que ardían en la chimenea.

—¿Lo has oído?

—Sí —admitió Constantino—, pero no hay nadie.

—Es ella.

—¿Ella?

—Sí, Deseada.

—¿No has dicho que estaba en las mazmorras?

—Si, está encerrada, pero sus poderes satánicos son muchos —dijo la condesa, inquieta.

Constantino se fijó entonces en el óleo en el que aparecía pintada la espléndida criatura de cabellos rubios y que resultaba difícil asegurar que fuera una bruja.

Tuvo la impresión de que sus ojos le miraban pero se dijo que aquello era imposible. Las luces de las velas le estaban jugando una mala pasada y con respecto a las carcajadas, opinó en voz alta:

—Será que el vino de la cena era demasiado fuerte.

—Eres un perfecto inútil —se quejó la condesa de Deadwood medio incorporada en la cama, sin pudor alguno por la desnudez total de ambos—. Ella se ríe de ti. ¿Es que no te das cuenta?

—¿De mí? He cenado mucho...

—Has quedado como un eunuco.

—No tienes por qué insultarme, no he sido estimulado lo suficiente.

—¿Acaso mi cuerpo no basta para armarte?

—Admito que eres muy hermosa, pero las circunstancias...

—¿Qué circunstancias?

—Hice el amor con ella. —Señaló el cuadro.

—¿Con Deseada, cuándo?

—Hará un par de horas.

—¡Mientes, mientes! —gritó la mujer, arrodillándose sobre la cama.

—La encontré en el bosque al llegar y no sé cómo lo consiguió, pero me sedujo, me obligó a desearla furiosamente e hice el amor con ella.

—¡Mientes, Deseada está en la mazmorra!

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. No hemos debido encontrar el cuadro de Deseada, esta es la noche mágica, la noche en que tenía que llenar mi vientre de semilla de hombre para dar un heredero al condado, esta era la noche porque ella va a morir al amanecer.

—Lo siento, de veras, me hubiera gustado penetrarte, darte lo que deseas, pero ya ves, mi verga no está para hacer esfuerzos.

—¡Te haré colgar de una horca! Vamos, vístete.

Constantino temió haberse metido en el peor lío de su vida. Los criados de la condesa eran como guardaespaldas y afuera estaban los alguaciles y un pueblo dispuesto a linchar a quien fuera, pensando quizás que así iban a escapar de sus frustraciones y miserias.

Se vistieron, frustrada e irritada ella, humillado él. Abandonaron la alcoba no sin que antes la condesa cerrara con las cinco llaves las puertas que ocultaban su tesoro.

—Lleva el retrato de Deseada —ordenó la condesa.

Descendieron por una escalinata y se encontraron a los dos criados que a Constantino le pareció iban armados con dagas.

—Vamos a las mazmorras —ordenó ella tajante y agria.

Los sirvientes tomaron sendos candelabros y se encaminaron hacia la puerta que conducía a una escalera de caracol descendente. Uno de los criados abría la marcha. Detrás avanzaba la mujer, seguía Constantino y otro criado cerraba la pequeña comitiva.

Llegaron a una sala muy profunda en los sótanos donde se debía practicar la tortura a juzgar por los aparatos que allí había. A Constantino no le gustó nada todo aquello, era como regresar a un tiempo que debía estar anclado en el olvido.

Un criado abrió otra puerta que estaba cerrada y entraron en un pasadizo de paredes, techo y suelo de piedra. Avanzaron por ella iluminados por los candelabros. No era una cloaca sino una galería de comunicación entre diferentes edificios. Olía fuertemente a humedad y escucharon los chillidos de ratas, pero no las vieron.

La galería se hizo larga, casi eterna.

Llegaron ante otra puerta cerrada. El criado que iba delante la

abrió con una llave y pasaron a una sala donde había un carcelero sentado ante una mesa junto a un candil de aceite. Un vergajo colgaba de su muñeca con una cadena y sobre la mesa había una vieja pistola de chispa.

—Señora condesa —se apresuró a saludar inclinándose casi hasta arrodillarse frente a la mujer. Constantino observó que era un personaje sucio y repulsivo.

—Queremos ver a la condenada.

—En su mazmorra está, señora condesa.

—Acercad las luces —ordenó la autoritaria mujer.

Constantino estaba nervioso. ¿Sería la misma muchacha que él había poseído en el bosque?

Una gran reja les cortó el paso y a través de los gruesos barrotes pudieron ver a la cautiva que vestía un sayo ocre manchado de sangre. Allí estaba la mujer con la cabeza coronada por un capirote altísimo en el que habían escrito la palabra "BRUJA".

Sus manos estaban encadenadas, unidas a la pared por una cadena no más larga de dos pasos.

Era rubia y joven, pero su mirada parecía idiotizada. A Constantino no le pareció la misma mujer que sonreía en el lienzo, pero dentro de la mazmorra, aquella pobre muchacha torturada, vencida por el dolor del descoyuntamiento de sus huesos, habría, asentido a todo lo que le preguntaran, condenándose a sí misma.

—¿La ves? Ahí está, esperando la amanecida para ser quemada viva como merece por bruja.

Constantino volvió a mirar a aquella desgraciada que ni siquiera suplicaba clemencia, después miró el retrato. Se parecían, mas no creía que fueran la misma persona y de lo que sí estaba seguro era de que la joven poseída en el bosque no era aquella cautiva cuyo cerebro debía estar ya atrofiado por el dolor y el miedo.

—¿De veras es preciso llevarla a la hoguera? Sólo es una pobre mujer torturada.

—Eres un estúpido, extranjero, o posiblemente un servidor de Deseada.

—Qué tontería, sino sabía ni quién era.

—Eso lo sabremos pronto, cuando se te aplique el potro. ¡Encerradlo!

La orden salió rápida e imperativa de los labios de la condesa insatisfecha y resentida.

Constantino, que tenía el cuadro entre sus manos, reaccionó poniéndolo boca abajo y propinando un durísimo golpe con el canto del marco al rostro del carcelero que se fue hacia atrás con la boca

ensangrentada.

Lo mismo hizo contra la nariz de uno de los criados, pero el otro consiguió golpearle a su vez. Constantino esquivó un segundo golpe mientras la mujer gritaba:

—¡Apresadle y encerradle!

Ante la evidente inferioridad numérica en que estaba, optó por correr hasta la puerta y cerrar tras de sí cuando el carcelero se había hecho ya con la pistola y, rabioso, disparaba contra el joven. La bala se incrustó contra la madera de la puerta.

Constantino, a oscuras, se internó por la larguísima galería y comenzó a correr guiándose con las manos para no golpearse mientras oía voces tras él que querían alcanzarle para encerrarlo y después someterlo a tortura en aquellos sótanos inquisitoriales.

—¿Dónde te habías metido, extranjero? Hace rato que no te veo.

Se giró bruscamente. Estaba dispuesto a todo, ya ni se cuestionaba la credibilidad de cuanto estaba sucediendo.

Ya no se repetía a sí mismo que aquello tenía que ser una absurda pesadilla, que no podían ocurrir aquellas atrocidades en la segunda década del siglo veinte, no, no podía ser.

—Kawer —gruñó entre dientes.

El alguacil mayor, con su imponente y tenebrosa figura, le había puesto una mano sobre el hombro para retenerlo, pero era obvio que aún no podía saber que había escapado de ser encerrado en las mazmorras, no sabía si del palacio del condado o del ayuntamiento. Los dos edificios podían comunicarse a través de la galería subterránea.

—Ah, le buscaba —dijo entonces Constantino dándole la vuelta a la situación para que no sospechara de él— ¿Dónde vive el cirujano?

—Sigue por aquella calle estrecha. Cuando encuentres una puerta en la que el picaporte es un dragón, esa es la casa del cirujano.

—Gracias, voy corriendo —dijo Constantino, escapando a las posibles preguntas del alguacil.

Tuvo que sortear a otro carro que transportaba más leña para la hoguera en la que pretendían quemar a la supuesta bruja.

"Ojalá caiga una tormenta, es lo mejor que podría suceder", se dijo.

No tuvo dificultades para encontrar la puerta con el picaporte en forma de dragón.

Después de llamar apareció un hombre alto y fornido con cara de cretino y piel gris oscura como todos los demás que creía haber

visto antes en la taberna.

—Tienen a mi tío ahí dentro, el anticuario Pierre Givré.

—Pase —dijo, lacónico.

Había muy poca luz. Lámparas avaramente distribuidas por la casa para no tropezar con muebles o peldaños. Al ver por segunda vez al cirujano, a Constantino le gustó aún menos que la anterior. Se dijo que él no se fiaría de aquel hombre.

—¿Cómo está mi tío?

—Bien, dentro de lo que cabe. Ahora, la naturaleza ha de hacer el resto.

—Un hueso roto no es para tanto. Deseo verle.

—Como guste, pero no creo que pueda escuchar sus palabras.

—¿Por qué?

—Le he dado a beber lo necesario para que descanse y no sienta dolor.

—De todos modos, tengo que hablarle.

—Sígame.

Le condujo a una habitación que carecía de ventanas. Sólo una vela colocada sobre la mesita de noche iluminaba la estancia llenándola de sombras y haciéndola más lúgubre. Constantino maldijo aquella noche interminable plagada de sucesos extraños y desagradables.

El anticuario trashumante yacía en la cama como hundido en ella. Había manchas de sangre y su cabeza estaba cubierta de sudor.

—¡Tío!

—No le va a oír. Es mejor para él, ahora no podría soportar los dolores.

De pronto, se fijó en la manta que cubría el cuerpo de su tío, moldeándolo. Allí olía mal, pero no era eso lo importante. Quedaba evidente que faltaba algo. Constantino alargó su mano y palpó con susto e incredulidad.

—Pero, ¿qué ha hecho? ¡Falta la pierna!

—He tenido que amputársela. Quién sabe si mañana hubiera podido perder la vida.

—¿Está usted loco? ¡Si no ha habido tiempo ni de que tuviera fiebre, no tenía herida abierta, sólo había que entablillarlo!

—Sé perfectamente lo que debo hacer en estos casos. He estado en varias batallas y muchos soldados me deben la vida.

—¿La vida? Lo que le deben es ser unos tullidos, estúpido carnicero.

Le propinó un furioso puñetazo en la cara enviándolo contra la pared. Aquel hombre que decía ser médico se escurrió por ella y

quedó sentado en el suelo con los ojos abiertos.

Despacio, Constantino se le acercó.

Los ojos del cirujano estaban fijos. Le movió el rostro y el hombre se ladeó, cayendo al suelo.

—¡Dios! ¿Se habrá partido la nuca contra la pared?

Así había sido. Un mal golpe contra el muro le había causado la muerte. Quedó anonadado, sin saber qué hacer.

Miró a su tío y se dijo que el muñón de su pierna estaría hecho una carnicería. Si se lo llevaba en aquellas condiciones y de mala manera, se desangraría. Además, estaba dormido y posiblemente durante muchas horas.

Salió de la estancia encontrándose cara a cara con el sujeto corpulento y patibulario. Si descubría al cirujano muerto, sus problemas aumentarían. Tenía que escapar de allí en seguida.

Sacó de su bolsillo el anillo con la piedra negra y la araña de oro y se lo mostró.

—¿Conoces esto?

—Sí, es el anillo del conde, todos lo conocen.

—Pues, debes obedecerme. Guíame hasta las afueras de la villa, vamos, que tengo prisa.

Salieron de la casa.

Constantino miró a lo lejos y descubrió a varios hombres al frente de los cuales avanzaba el alguacil Kawer, posiblemente alertado ya por la condesa de Deadwood y con la orden concreta de capturarle.

—Vamos, aprisa.

Fue guiado hasta las afueras de la villa.

Vio el río de mansas aguas oscuras y ordenó a su guía:

—Busca al alguacil Kawer, dile que cuide de mi tío y que le transmita a la condesa mis buenos deseos.

—Así lo haré.

Constantino se alejó por entre los escasos árboles que allí había.

Cuando comprendió que aquel hombre no podía verle, cambió totalmente de dirección, pues estaba seguro de que le diría al alguacil Kawer y a quienes le seguían por donde había escapado.

Tenía que encontrar la camioneta que parecía haberse esfumado. Con ella aún podía arriesgarse a recoger a su tío y escapar de aquel lugar que semejaba anclado en el más tenebroso pasado.

Por segunda vez aquella noche, corrió a lo largo del río buscando el vehículo. Tenía que huir. Estaba seguro de que si le atrapaban las autoridades de aquel maldito pueblo o los criados de la condesa, lo iba a pasar muy mal.

Quizás le condenaran a la hoguera como habían hecho con la desgraciada muchacha que le mostraran encerrada en la mazmorra.

—Lo mejor será escapar y pedir ayuda, o quizás no. —Se detuvo, jadeante—. Si he matado al médico, me lo harán pagar vaya donde vaya.

Confuso, se dejó caer al suelo notando el frescor de la hierba. Miró el cielo. Seguía sin nubes, la gran luna brillaba en lo alto de su nítido terciopelo negro.

—Qué raro, la luna no se desplaza. No entiendo mucho de astronomía, pero la luna debía haberse desplazado. ¿Cuántas horas hace que el reloj se me paró a las doce?

Constantino no hallaba respuesta a sus preguntas. Aquella noche se hacía eterna, o quizás es que era eterna y él había quedado inmerso en ella.

Se fijó entonces en la silueta del caserón sobre la colina. Apenas era perceptible y recordó haberla visto antes. Allí quizás encontrara ayuda, puesto que no podían saber lo sucedido con el cirujano, y alguien de la casa pedía haber visto la camioneta.

Se reincorporó y echó a andar de nuevo en dirección a la colina. Encontró un camino y fue ascendiendo por él. Desde lo alto, el río se veía más brillante, como una serpiente vestida de lamé.

El caserón le pareció más grande de lo que había supuesto, más grande y siniestro. Una amplia explanada daba acceso a él y allí había árboles retorcidos sin hojas.

No corrió hacia la puerta.

No vio luces que denotaran vida, tampoco se oía ruido alguno. La noche era totalmente silenciosa, ni las ranas croaban ni el grillo frotaba sus élitros en su continuo cri-cri-cri. No se oía ni el rumor de la brisa. Desvió la mirada hacia el fondo del valle y pudo ver lucecitas lejanas, era la aldea.

Miró con más atención y observó que había unas luces agrupadas, como si fuera un nido repleto de luciérnagas que se desplazaba con lentitud.

—Me están buscando con antorchas. Si me pillan, me matarán también en la hoguera. Están sedientos de sangre.

Dio la espalda a aquellas lejanas lucecitas que constituían una amenaza de muerte para él y volvió a enfrentarse al Impresionante y tenebroso caserón.

—Tengo tiempo de ver qué hay ahí dentro. Después de todo, si me cierran lo retirada, es un buen lugar para esconderse.

Tras aquellas reflexiones, siguió adelante dispuesto a cruzar el umbral de la oscura puerta. Ignoraba que suerte o desgracia podía

esperarle tras ella.

Empujó el portalón cuyos goznes gruñeron. Detrás, la oscuridad.

CAPITULO VI

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con voz alta y fuerte, una voz que tenía que rebotar en las paredes, algunas de piedra, otras de madera y buscar en los rincones tratando de alcanzar oídos humanos.

Escuchó sus propios pasos al avanzar.

—¿Hay alguien ahí?

Por segunda vez, no obtuvo respuesta a su llamada y consideró que estaba solo en el caserón abandonado.

Deshizo el trecho andado para empujar el portalón y cerrarlo. Descubrió un gran pasador de recia madera que colocó para que nadie pudiera entrar tras él y sorprenderle.

De súbito, algo se iluminó a su espalda.

El resplandor rojizo le hizo volverse rápido y entonces vio una gran chimenea hogar de piedra. Dentro de ella ardían con fuerza unos leños como si los hubieran empapado en gasolina. La luz del fuego iluminó la gran sala, llenándola al mismo tiempo de sombras que se movían al ritmo de las llamas.

—¿Quién está ahí? —preguntó, mas sólo parecía responderle el crepitar de las llamas.

—Sé que hay alguien ahí, no le tengo miedo —dijo, avanzando hacia la chimenea.

Apenas había muebles y todos ellos eran antiguos y estaban llenos de polvo y telarañas, como si nadie viviera allí.

Paseó su mirada por la estancia hasta detenerla en una amplia escalera de madera que ascendía hasta el piso.

Comenzó a oír unas sonoras y burlonas carcajadas de mujer que no era fácil averiguar de dónde provenían.

—Te conozco, te he oído antes —dijo en voz alta.

Aquellas carcajadas eran las mismas que oyera en el palacio de la condesa de Deadwood.

—No me das miedo. Tú eres la mujer del bosque. Yo sólo quiero encontrar la camioneta para largarme de aquí, no me gusta este lugar, ni siquiera sé donde estoy. Esta es la noche más diabólica que

pueda vivir jamás.

—Suuuubeee...

La carcajada había cesado y le pedía algo concreto. Constantino avanzó hacia la escalera.

—¿Dónde estás?

La respuesta le llegó como si el ulular del viento se hubiera introducido en el caserón por una ventana destartalada y luego quisiera escapar por la puerta y al no poder, lo hiciera por la chimenea, mezclado con el fuego.

—Subeee...

A cada peldaño que ascendía, las tablas gruñían bajo sus zapatos. De pronto, en lo alto y sin que nadie la tocara, se encendió una gruesa vela colocada en un candelabro colgante hecho en hierro forjado y que daba la Impresión de ser una cabeza de dragón.

La luz le estaba guiando. Constantino siguió subiendo despacio, con cautela. Llegó al piso y al fondo había otra vela encendida.

Avanzó hacia ella y antes de que llegara a la débil luz, una puerta chirrió al abrirse a su derecha.

Una estancia quedó a su alcance, una estancia que quedaba Iluminada por un resplandor de fuego.

Se detuvo ante la puerta abierta. Tuvo la impresión de que aquella alcoba era una trampa. Luces que se encendían solas, una puerta que se abría al llegar junto a ella...

—¿Estás ahí? —inquirió seco, contundente.

—Entra.

Avanzó hasta colocarse bajo el dintel. No estaba dentro de la alcoba ni fuera, pero podía verla. La estancia tenía dos ventanas, una cama grande con dosel que un día fuera blanco y ahora se veía gris oscuro y una chimenea en la que ardían leños, lo mismo que en la gran sala.

Para ver mejor, empujó la puerta con la mano y entonces descubrió a la mujer.

Vestía una vaporosa túnica blanca. Sus cabellos rublos estaban sueltos, caían sobre su espalda en parte desnuda y toda ella se movía, ondulaba frente a un gran espejo sostenido por un armazón de hierro.

—Sabia que eras tú —musitó, dando un paso hacia el interior de la alcoba.

—Hola, extranjero. Debería odiarte.

—Tú eres Deseada, no cabe duda.

—Sí, soy Deseada. —Lanzó una carcajada que parecía repleta de satisfacción mientras alzaba los brazos y acariciaba sus propios

cabellos con las manos— Los hombres me desean y las mujeres me odian.

—La condesa te odia.

—Sí, ella más que ninguna —admitió Deseada mientras Constantino avanzaba más hacia ella y la puerta se cerraba lentamente a su espalda sin que nadie la tocara.

—La condesa dice que eres una bruja.

—¿Y tú la crees? —Volvió a reír, alegre dentro de lo burlona.

Sus elocuentes carcajadas eran como palabras que reflejaban muy bien sus sentimientos. Se la hubiera podido entender atendiendo sólo a sus carcajadas.

—La condesa me ha mostrado a una mujer joven que se parece a ti, la tiene encerrada en las mazmorras.

—Tiene tantas ansias de acabar conmigo que se confunde con mucha facilidad.

—Si ella no es Deseada, ¿por qué no haces que la dejen libre? Es inocente.

—Por tus palabras se deduciría que yo soy culpable.

—¿Culpable? La verdad es que no sé de qué puedes ser culpable. Yo no creo en brujerías, hechizos ni pactos diabólicos. Tú tendrás tus trucos; la noche, la oscuridad, la soledad, hacen ver cosas que la luz del día desenmascararía.

—Aquí no hay luz del día.

—Disculpa, es una forma de hablar, pero me molesta que a esa pobre desgraciada la torturen o lleguen a ejecutarla en la hoguera simplemente por parecerse a ti.

—La quemarán viva al amanecer y mientras ella arda, volverá la noche.

—¿Qué tratas de decirme? No te entiendo, tu lenguaje es críptico.

Como danzando, Deseada se acercó al joven y le rodeó el cuello con sus cálidos brazos.

—Quieres saber demasiado y puedes quemarte, amor.

—¿Has contribuido tú a que esa desgraciada a la que quieren quemar sea confundida contigo?

Deseada no parecía propicia a darle respuestas.

—Todos los hombres me desean y tú has conseguido violarme en el bosque.

—No te he violado, tú me has seducido.

Deseada atrajo con sus ojos la mirada de Constantino. El color de las pupilas de aquella mujer hermosa y ardiente eran cambiantes, podían ser violetas, azules, verdes.

—Tú quieres que te tenga miedo, ¿verdad?

—Muchos hombres me temen, pero su castración, su insatisfacción y el odio de sus mujeres son los que quieren verme en lo alto de la hoguera.

—¿Mataste al conde como asegura su viuda?

Volvió a reírse, ahora apenas a un palmo de su rostro.

—Ingenuo, mi querido ingenuo. Fue ella la que asesinó al conde envenenándolo y claro, lo fácil era acusar a Deseada.

La mujer se apartó de Constantino y comenzó a girar sobre sí misma. Los bordes de la túnica se alzaban y parecía que fuera a volar de un momento a otro. Sonreía, su expresión era de felicidad. Constantino, mirándola, comprendía perfectamente por qué la llamaban Deseada.

—Ella dice que lo hechizaste tú.

—Ya lo sé —respondió sin dejar de evolucionar de un lado a otro de la amplia alcoba iluminada por el fuego de la chimenea.

—¿Por qué no aclaras la verdad, si ella es la asesina del conde?

—Sería imposible, nadie me creería. Ella lo dice y todos acatan sus palabras, no en vano es la dueña de los borregos. La hechicera es la culpable y la hechicera se llama Deseada.

—¿Quieres decir que aquí no hay más ley que la de la condesa?

Ella se le fue acercando hasta volver a rodearle el cuello con sus brazos.

—¿Acaso tú conoces alguna otra ley?

—No soy hombre de leyes, pero si se va a un juez y se pide un juicio justo…

—¡Qué niño eres! —Se rió con los labios, con los dientes, con sus ojos que perseguían las pupilas de Constantino y éste parecía incapaz de resistir aquella mirada de colorido cambiante— ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Un niño, ya lo decía.

—¿Y tú?

—Más.

—¿Cuántos más?

—Muchos más, muchos más —repetía riendo.

Todo en ella era voluptuoso, la sensualidad hecha carne de mujer.

—Tu forma de hablar y de comportarte provoca, excita, no me extraña que te llamen Deseada.

—Los hombres desean a la hechicera, pero también le tienen miedo. ¿Tú no?

—No. Yo no te temo, no creo en hechicerías ni en todas esas tonterías, sólo son trucos de feria. Las luces se pueden encender a distancia lo mismo que las chimeneas, a mí no me asustas.

—¿Qué te asustaría a ti, mi amado?

—No sé, la tortura, la muerte, esos energúmenos que obedecen a la condesa frustrada por su esterilidad y que son capaces de romperte los huesos en un potro.

—La condesa quería un hijo tuyo, el hijo del extranjero.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Sigues sin creer en mis poderes? —preguntó con una mueca en la que había burla y malicia también.

—Estoy hecho un lío, creo que en cualquier momento despertaré de una pesadilla. Aquí nada encaja. Tengo el reloj roto, no sé cuándo pasan las horas y la amanecida no llega nunca.

—Llegará, morirá antes de que el sol se haga visible y volverá la noche.

—¿Eso es un acertijo?

—Simplemente es lo que sucederá. Esa es la maldición.

—¿La maldición, de quién?

—Mía.

—Cada vez lo entiendo menos —confesó el joven—. Me volverás loco, Deseada.

—Me gustas loco. Debería castigarte.

—¿Por qué?

—Me has violado en el bosque.

—Sabes que no fue así. Tú enloqueces y ante ti, el hombre más frío sucumbe.

—Ahora no me violarías. Esta es tu noche, extranjero, no la desaproveches. Será única, la recordarás toda la vida, porque jamás encontrarás a otra mujer que se pueda Igualar a mí.

Los besos femeninos quemaban. Sus dedos recorrían el cuerpo masculino haciéndolo vibrar como si sus yemas estuvieran cargadas de electricidad de alto voltaje.

Constantino sentía una necesidad imperiosa de estrecharla entre sus brazos, de poseerla hasta la extenuación, de abrasarse y fundirse en ella.

No sabía como explicárselo y ella, que parecía leer en su mente, reía entre beso y beso.

Fue como caer rodando por una larguísima pendiente nevada, una nieve helada que abrasaba su piel.

No tuvo conciencia de cómo había llegado a su desnudez ni a la de ella. Era sólo un hombre sin Inhibiciones, ansioso de amar con

violencia porque Deseada no era placidez, sino una pasión salvaje, casi brutal.

Gimieron y aullaron juntos. Las llamas de la chimenea parecían querer salir de su encierro para alcanzar la cama donde la pareja giraba y giraba, saltaba, empujaba y sudaba copiosamente. Era como si el fuego que los iluminaba con su luz roja quisiera participar en aquel ardor.

Constantino lanzó una especie de grito y aullido, algo salvaje, instintivo, que jamás pensó pudiera salir de su garganta. Toda la fuerza de su cuerpo parecía escapar de él para adentrarse en las entrañas de la mujer.

Con los ojos enrojecidos, febriles, agotado, faltándole el aire en los pulmones, se desplomó sobre el cuerpo desnudo de Deseada. Luego, lentamente, se hizo a un lado.

La oyó reír, ahora como satisfecha. Constantino la miró y le pareció increíble lo que estaba viendo.

La hermosísima y juvenil Deseada acababa de transformarse en una vieja arrugada, de cabellos color de paja vieja. Le faltaban dientes y sus ojos estaban hundidos.

—No es posible, no es posible…

Se apartó bruscamente hasta saltar de la cama mientras ella continuaba riendo, siempre expresiva con sus sonoras carcajadas.

—¿Qué te sucede, mi amado extranjero? ¿No decías que no tenías miedo?

Su carcajada fue ahora infernal.

—¡Bruja!

Constantino corrió a recoger sus ropas y con ellas en la mano salió de la alcoba. Ya fuera, se calzó los pantalones y se metió los zapatos. Poniéndose la camisa, comenzó a correr escaleras abajo.

Quería huir. Todo aquello era una locura y se sentía como un niño perdido en un laberinto de pesadillas.

Descorrió el gran pasador, abrió la doble puerta de gruesas maderas y se encontró frente a un numeroso grupo de hombres con antorchas al frente de los cuales iba el alguacil mayor Kawer.

—¡Date por arrestado, asesino! —le gritó el alguacil con su voz grave y potente.

Aterrorizado, el joven dio media vuelta tratando de escapar una vez más. Un mazo lanzado con fuerza le dio entre los omoplatos y le hizo caer de bruces con la sensación de que le habían partido el espinazo.

—¡Es un secuaz de la hechicera! —gritó la voz de la condesa que también estaba allí protegida por sus criados.

Constantino se volvió hacia ella y sólo vio odio en la cara de aquella mujer frustrada. Fue sujetado, golpeado y luego amarrado con cuerdas mientras en torno a él gritaban:

—¡Hay que quemar el caserón de la hechicera, hay que quemarlo!

Las antorchas comenzaron a prender en la escalera, en los viejos y polvorientos muebles mientras a él se lo llevaban colina abajo, casi a rastras.

Mientras era llevado a la villa, amarrado como el peor de los asesinos, Constantino vio como el caserón de Deseada ardía por los cuatro costados.

CAPITULO VII

Los grilletes estaban bien cerrados y prietos en torno a sus muñecas y tobillos. Le hablan sujetado las muñecas de sendas cadenas que colgaban del techo y los tobillos de otras que nacían del suelo de piedra.

El verdugo era un tipo fornido y maloliente que ceñía su ancha cintura con un amplio cinturón de cuero con colgantes de cadenas y también usaba muñequeras que reforzaban sus manos.

Aquel hombre, que sudaba constantemente y parecía impregnar con su insoportable olor la cámara de torturas, hacía girar una rueda que tensaba unas cadenas, estirando brazos y piernas de la víctima que en aquel caso era Constantino.

—¡Malditos hijos del infierno! —les gritó sintiendo que sus huesos se separaban y que sus miembros iban a desgajarse del tronco en forma harto dolorosa.

—¿Confiesas haber asesinado al cirujano Mayer? —preguntó con su lúgubre voz el alguacil mayor Kawer.

—Sólo le he dado un puñetazo y se ha golpeado contra la pared, ya lo he dicho, ha sido un desgraciado accidente que soy el primero en lamentar.

El alguacil exigió:

—¡Confiesa que lo has asesinado por venganza!

—¡Noo! ¡Lo que pretendes es que confiese como esa pobre desgraciada que vals a llevar a la hoguera y que no ha hecho daño alguno, pero yo no confesaré, no!

El alguacil Kawer hizo unas indicaciones con su diestra en alto y el verdugo hizo girar la rueda unos dientes más.

Gruñeron los mecanismos de hierro, los eslabones de las cadenas, los tendones del cuerpo de Constantino que profirió un grito de dolor incontenible.

—Será mejor que confieses, extranjero, no puedes hacer otra cosa —le advirtió el alguacil Kawer encarado con él.

Con los ojos enfebrecidos, miró el rostro tenebroso y de piel grisácea de aquel hombre que se revestía de autoridad pero que más

bien parecía haber escapado de un manicomio de locos fanáticos del siglo dieciséis, si es que por aquellos tiempos existían los manicomios.

—Ha sido un accidente, pero además era un carnicero, le cortó la pierna a mi tío cuando sólo tenía un hueso roto.

—Tú lo has asesinado, confiésalo. El escribano espera tu confesión.

Dispuesto a resistir, Constantino repitió:

—Ha sido un accidente.

Todo él era dolor. Por otra parte, su cuerpo pasaba del frío más intenso al ardor más abrasador y su boca estaba seca, ni la saliva la humedecía. Lo mismo que el cirujano había sido capaz de cortarle la pierna a su tío, aquellos fanáticos serían capaces de arrancarle brazos y piernas despedazándolo en vida con tal de obtener una confesión falsa.

El verdugo pasó dos dientes más de la rueda. Constantino sintió como si alambres candentes pasaran entre sus hombros, cruzaran su cuerpo y recorrieran sus piernas hasta los tobillos. El dolor fue tan intenso que perdió el sentido y se sumió en una oscuridad que tenía algo de rojez, quizás la rojez que empañaba sus ojos que se cerraron incapaces de resistir más.

* * *

Deseada apareció en el bosque entre los árboles.

El plenilunio brillaba en el cielo salpicado de estrellas como Constantino jamás lo había visto lucir. Era una luna grande, enorme, una luna que parecía que con sólo saltar pudiera atrapar entre sus manos abiertas. Y aquella luna llena lucía tanto que sin borrar las estrellas del cielo, casi parecía de día, un día tenuemente nublado.

Deseada danzó entre los árboles casi sin tocar la hierba alta y fresca con sus pies desnudos. Se cubría con la túnica de gasas transparentes y vaporosas.

Como música de fondo, mezcladas con el rumor de la brisa entre el follaje, sus provocativas carcajadas.

A medida que descendía por la pendiente del bosque se iba perfilando más y más su espléndida belleza.

Los cabellos eran como finísimos hilos de oro enmarcando el rostro joven, burlón y sensual a la vez. Los pechos redondos casi podían verse por la transparencia de las gasas y sus pezones destacaban como frutos maduros que exigían ser besados, succionados, quizás mordidos.

Las caderas oscilaban marcando su estrecha cintura y pedían ser atrapadas por manos fuertes que las dominaran mientras ellas provocaban con contoneos.

—¡Extranjerooo!

—¡Deseada!

Aquel nombre salló de la garganta de Constantino como quemándole.

Avanzó hacia ella sufriendo enormemente porque los pies le pesaban de forma insoportable. Parecían hundirse en la tierra y a cada paso que daba, le costaba desenterrarlos mientras ella, ligera, como alada, avanzaba hacia él.

Cuando ya la tenía al alcance de sus manos, ella se puso a reír y se echó hacia atrás.

Las manos del joven se cerraron en el aire, sólo consiguió tocar las gasas que la envolvían como una bruma de pesadilla.

—¡Cógeme, extranjero, cógeme y seré tuya, tuya!

Mientras así lo provocaba, retrocedía danzando sin alejarse demasiado, siempre casi al alcance de las manos de Constantino.

—¡No te vayas, Deseada, no te vayas!

—¡Cógeme, cógeme!

Constantino sentía que su cuerpo ardía en deseos de atrapar a aquella mujer que le hechizaba con su belleza, con su desenfrenada sensualidad, con sus carcajadas. No tenía otra idea dentro de sí que conseguirla con total plenitud y frenesí enloquecedor.

—No puedes cogerme, extranjero, no puedes —repetía ella siempre provocativa, riéndose.

—¡Iiihaaah!

Con aquel grito que sacó de lo más hondo de su vientre, el joven logró despegarse del suelo y como una fiera salvaje, saltó sobre Deseada, derribándola sin soltarla.

El cuerpo femenino vibró bajo el suyo, se agitó con fiereza pero no se le escapó y consiguió hendirse en ella hasta donde ya no podía más.

—¡Ya te tengo, ya te tengo! —gemía él con voz grave, rota, faltándole cada vez más aire en los pulmones.

—¡Sigue, sigue! —pedía ella mientras alargaba sus uñas como una pantera contra la espalda de Constantino y lo arañaba con Inusitada fiereza.

El dolor agudo de las uñas cortado su piel no logró que Constantino cejara en sus deseos, en su violenta fornicación, más bien parecía que lo excitaba más y más, como las risas de Deseada.

Cuando el rugido que brotó largo y ronco de su garganta cedió,

Constantino, con los ojos muy abiertos, viendo ya algo más que un velo rojo, descubrió el rostro de la mujer y gritó lleno de terror, incapaz de soportar la visión.

Vieja casi de siglos, ojos hundidos, boca casi desdentada, cabellos estropajosos. Deseada reía y reía con una carcajada tan vieja como ella misma.

—¡Nooo, nooo! —gritó el joven queriendo escapar, pero las manos y los brazos esqueléticos de ella no le soltaban. Era como hallarse atrapado en un gran cepo para osos.

Un cubo de agua helada le golpeó el rostro y empapó todo su cuerpo arrancándole de la pesadilla.

Tiritando, aterido, se reencontró a sí mismo sujeto a las cadenas que tenían que descoyuntarle los huesos para obtener su confesión.

Frente a él estaba el rostro implacable y despiadado del alguacil Kawer y cerca de él, el verdugo que le arrojara el cubo de agua helada para despertarle. La tortura no podía continuar si él permanecía inconsciente.

CAPITULO VIII

La condesa de Deadwood llegó a la cámara de torturas escoltada por sus fornidos y amenazadores criados que vestían mucho mejor que los otros habitantes de la villa.

Se enfrentó a Constantino, le observó con atención y dijo:

—Serás castigado como mereces.

—¡Zorra! —escupió el joven.

El alguacil mayor alzó su vara para descargar un duro golpe contra el cuerpo indefenso de Constantino, pero la propia condesa se lo impidió.

—No es necesario torturarlo más. Quiero que llegue vivo y consciente al patíbulo.

—Tú mataste al conde, tú le envenenaste, zorra —acusó el prisionero, importándole ya muy poco lo que pudiera sucederle.

—Tus calumnias no me afectan. Serás ahorcado a la amanecida mientras la bruja arda en la hoguera —sentenció.

—¿No quieres saber quién me contó que tú asesinaste a tu marido? —preguntó

Constantino con sarcasmo pese a su dolorosa situación, encadenado de pies y manos, vejado y torturado.

—Nadie va a hacer caso de tus calumnias, extranjero.

—Me lo contó Deseada.

—Esa arpía no te ha podido contar nada. Está en la mazmorra y tú no has hablado con ella.

—Te equivocas. La que tienes en la mazmorra no es Deseada, es una desgraciada que se parece a ella, no sé si por casualidad o porque la propia Deseada ha hecho algo para lograr ese parecido.

—Con tus calumnias no conseguirás que la liberemos. Ella morirá en la hoguera y para ti se está levantando un patíbulo también en la plaza. Verás como ella arde y mientras el fuego acaba con la hechicera, la soga te apretará el cuello hasta que mueras, ese es tu destino.

—Por más que lo intentes, no la vencerás. Tú tienes la fuerza en este maldito y oscuro pueblo, pero ella goza de la protección de

Satán.

—V yo de la de Dios —replicó la condesa, enfurecida.

—No, Dios no puede ayudar a una asesina y embustera. Deseada es una ahijada de Satán, pero te llevará a ti al infierno.

El alguacil Kawer se adelantó para decir:

—Le haremos callar.

—La soga cerrará su boca para siempre —silabeó la condesa.

—Deseada me dijo que cuando llegue la amanecida volverá la noche y así se cumplirá la maldición.

—¿Qué maldición, extranjero?

—La de ella. ¿Entiendes tú acaso esas palabras que para mí son un enigma, maldita zorra?

—No sé cómo, pero de alguna manera tú eres amigo de Deseada y quien trata con brujas merece castigo. Todos han oído que proclamas ser amigo de la bruja Deseada.

—¿Qué más puedes hacerme, después de haber ordenado que me torturen y condenarme a la horca?

—Puedo hacer que tu cadáver sea maldito y colgado de un poste para que se lo coman los cuervos y jamás halle sepultura para su eterno descanso. Tu nombre seré maldito como el de Deseada para toda la eternidad.

—Tus amenazas no me importan. Deseada es una bruja bellísima, pero luego, cuando la has poseído, se torna horrible, sí, horrible. Creo que tu marido también lo comprobó. Después de fornicar con ella la veía tal cual era, una vieja desdentada con doscientos o trescientos años a juzgar por su aspecto, pero pese a ello, seguía amándola desesperadamente, porque ella, en cualquier otro momento, volvería a mostrarse joven y bella y él la amaría de nuevo, porque yacer con ella gratifica con un placer que seguramente tú jamás supiste darle.

—¡Cállate!

—Quien ha gozado con Deseada no puede olvidarlo jamás. Toda ella arde, quema, es la galopada más salvaje que pueda imaginarse.

—¡Cerdo!

—Me pediste que te diera un hijo y no pude, sí, no pude porque antes la había amado a ella. Si voy a morir, antes tenía que escupirte todo esto a la cara —le dijo Constantino.

Su rostro demacrado estaba sudo por el sudor, iluminado por las antorchas que daban luz a la cámara de los tormentos construida en los subterráneos del ayuntamiento de aquella maldita villa medieval.

—Todos los que han fornicado con una bruja han de morir y su

nombre será maldito. Te prometo que después de que seas descolgado de la horca serás cuarteado y cada pedazo de tu cuerpo será colgado de un poste en cada uno de los puntos cardinales de la villa.

—Después de muerto, no me importa lo que me suceda, pero para ti, después de la amanecida, volverá a llegar la noche. No sé lo que significa esa maldición, porque yo no entiendo lo que sucede aquí donde el tiempo está detenido,' pero me huelo que tú, de alguna forma, estás condenada, tú y todos los que te rodean, porque si ella es una bruja, vosotros sois una chusma asesina.

El alguacil mayor Kawer no pudo contenerse más y golpeó con su vara el rostro de Constantino que no pedía protegerse contra aquel castigo ni de ningún otro debido a la situación en que se hallaba.

—Falta muy poco para la amanecida, falta muy poco para que llegue al patíbulo por su propio pie.

El verdugo soltó la cuña que aseguraba el paso de los dientes de la rueda que tensaba las cadenas que torturaban al condenado y éstas bajaron rápidas mientras la rueda giraba suelta.

Constantino cayó sobre el suelo empedrado con la dolorosa sensación de que no necesitaba esperar a que le ahorcasen para ser descuartizado.

Todo él ya parecía roto y su cuerpo no cesaba de temblar, pero su mente se había liberado del miedo a la muerte.

CAPITULO IX

Fue llevado a rastras a la misma mazmorra en la que estaba encerrada la supuesta bruja.

Ningún grillete cerraba sus muñecas o tobillos, ninguna cuerda lo amarraba por parte alguna, pero Constantino yacía boca arriba en el suelo incapaz de moverse.

Los dolores de las coyunturas de sus huesos eran insoportables. Cada movimiento era una fusión de pinchazos, dolores profundos y calambres, como si le aplicaran electrodos cargados con alta tensión.

Sentía dormido parte del rostro, tumefacto por el golpe recibido, pero no sólo su rostro tenía golpes sino todo su cuerpo.

En el momento de su captura en el caserón, cuando intentaba huir de caer en manos de la chusma obediente a las iras de la condesa de Deadwood, le habían golpeado sañudamente, hasta el punto de que había creído morir en aquella especie de linchamiento.

La joven vestida con la túnica blanca pero sucia de sudor, miedo y sangre, con aquel alto capirote en el que podía leerse que era una bruja, le miraba con sus ojos idiotizados.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Constantino desde el suelo, costándole articular las palabras.

Tenía la boca completamente seca, sin saliva, sin agua, nadie había tenido piedad con él.

La mujer seguía observándole sin decir nada. Constantino no estaba seguro de si al mirarle le veía a él o sólo veía pensamientos a través de sus ojos estáticos, inmersa en una actitud catatónica provocada por el dolor y el miedo.

—Tú no eres Deseada —le dijo Constantino con voz ronca, casi ininteligible.

—Soy Deseada, soy una bruja. Van a quemarme viva por ser ahijada de Satán —fue diciendo en voz baja, como confesándose, sin mover sus pupilas de mirada perdida.

—Tú no eres Deseada, no eres ninguna bruja. Grítalo, grítalo

fuerte, no dejes que te lleven a la hoguera —le pidió el joven con su voz totalmente ronca, falta de humedad.

—Soy una bruja, soy Deseada —repitió.

Constantino, venciendo el dolor, alzó algo su cuerpo y medio se giró sobre sí mismo. Apoyó las manos en el suelo y se arrastró hasta acercarse a ella que permanecía sentada en el catre que colgaba de la pared sujeto por gruesas cadenas.

La cogió por los tobillos. No quería provocar su miedo sino transmitirle fuerzas para luchar por la vida. Pasarle, a través de las yemas de sus dedos, la poca energía que a él le quedaba después de toda la tortura recibida.

—Despierta, despierta... No dejes que te quemen. Grita, grita, tú no eres Deseada, tú no eres de esta maldita aldea.

—Soy Deseada, soy Deseada —insistió ella.

—¡No! ¡Tú eres extranjera como yo, extranjera! ¿Lo oyes? ¡Extranjera!

Por fin movió la cabeza y sus ojos idiotizados buscaron el rostro masculino, pero le miró sin demasiada expresión, sin tratar de reconocerle.

—¿Quién eres tú?

—Constantino Givré, extranjero aquí, no sé qué diablos es este lugar. Todo parece una pesadilla, pero me duele tanto el cuerpo que no puede ser sólo un mal sueño. Quiero despertar y no lo consigo, pero si no es una pesadilla, no permitas que te lleven a la hoguera. La condesa es una asesina.

—Pobre hombre —le acarició el rostro con suavidad—. También te han torturado a ti.

—Sí. La tortura hace que confieses lo que has hecho y lo que no; a ti te han obligado a confesar que eres Deseada sin serlo porque seguramente ya no podías resistir más tanto dolor.

—Yo soy Deseada.

—¡No!

—¿Quién soy, entonces?

—No lo sé. Serás una forastera que pasaba por aquí o cerca y te pareces demasiado a Deseada. Te han confundido con ella, te han aprehendido y torturado y has acabado confesando todo lo que ellos querían.

—Recuerdo que el río era negro como la noche sin luna...

—¿Qué río?

—No lo sé. Yo era pequeña y llovía mucho, relámpagos, rayos, truenos... El río comenzó a crecer y el caballo enloqueció. Las aguas se llevaron la carreta con mis padres. Llovía mucho, todo me daba

miedo.

—Sigue, sigue contando.

—Pasamos por debajo de un gran árbol sin hojas. Mi padre me levantó y me enganchó a sus ramas. Dios mío, Dios mío... —Sollozó y aparecieron lágrimas en sus ojos—. Mis padres desaparecieron, se los llevaron las aguas y yo quedé colgada en el árbol, no sé durante cuánto tiempo, aferrada a las ramas, muerta de miedo, aterida. Llegó el día y no hubo sol, sólo lluvia. Volvió la noche y otro día, salió el sol y llegó la tarde. El río se fue haciendo pequeño y apareció una mujer bellísima que me sacó del árbol y me llevó consigo a un gran caserón.

—Fue ella, Deseada. Sigue, sigue —suplicó el joven.

Continuaba medio tendido en el suelo, sujetando con fuerza los tobillos de la muchacha que trataba de escapar de su idiotez para profundizar en sus recuerdos.

—Ella me cuidó. Reía siempre y me enseñó a reír.

Comenzó a reír y al hombre le recordó a la sensual Deseada.

—¿Y qué más?

—Cada día ponía ungüentos en mi rostro, mojaba mis cabellos y yo veía en sus ojos que cada día estaba más contenta.

—Comprendo —gruñó Constantino—te estaba transformando. Quería que te parecieras a ella, seguramente te cambió el color de los cabellos y fue moldeando tu rostro. Así, si algún día te capturaban, te confundirían con ella, y se salló con la suya.

—No te entiendo.

—¿Es que acaso no te miraste al espejo estando junto a ella?

—¿Qué es un espejo?

—¡Diablos! Encima tomó esa precaución para que no te vieras a ti misma y no te percataras de que crecías haciéndote igual a ella. Te moldeó para tener un doble-. ¿Es que no lo comprendes?

—No, no comprendo nada, nada.

—¡Dios mío, grita que no eres Deseada, grítalo!

—No servirá de nada. Van a llevarme a la hoguera. Quiero dejar de sufrir, por fin encontraré a mis padres.

—¡Maldita sea, grita, grita!

Aferrado a los tobillos de la joven, la sacudió mientras le exigía rebeldía, una rebeldía que la pobre muchacha, víctima de su destino, era incapaz de oponer.

Has, de pronto, comenzó a gritar y fue el suyo una mezcla de alarido y chillido que penetró agudamente por los oídos de Constantino, desparramándose por las galerías subterráneas que les encerraban.

CAPITULO X

Aparecieron carceleros y alguaciles.

Al frente de ellos iba el alguacil Kawer que con su voz lúgubre dijo:

—Ha llegado la hora. La amanecida está a punto de nacer.

Abrieron la mazmorra. Constantino logró ponerse en pie de un salto sacando fuerzas que ni él mismo creía ya tener en reserva, pero fue cogido por cuatro hombres y sus manos amarradaˆ a la espalda.

La condenada gritó de nuevo enloquecida, sin moverse de donde estaba sentada. El alguacil Kawer fue hacia ella y la abofeteó con dureza de derecho y de revés, sacudiéndole el rostro de un lado a otro.

—¡Ella no es Deseada, no lo es, sólo es una criada de la hechicera!

—¡Que se calle! —ordenó el alguacil mayor.

Un salvaje puñetazo dio en el rostro del joven. No supo de donde venía, pero sí notó el sabor a sangre entre sus dientes. Movió la cabeza como para escapar a aquel dolor añadido y cuando pudo, buscó con la mirada a la desgraciada muchacha cubierta con el capirote vejatorio.

La vio tras de sí. Volvía a tener la mirada idiotizada. Quizás sus últimas reservas de razón habían sido consumidas al ahondar en sus recuerdos. El dolor la había sumido en una locura de la que sólo la muerte la liberaría.

—¡Adelante!

La comitiva avanzó por los subterráneos Iluminados por antorchas. Subieron por una escalera de piedra.

Constantino no veía la forma de escapar y se maldecía por haber aceptado el empleo de su tío el anticuario trashumante. Un maldito mapa les había llevado a aquel lugar infernal y enloquecedor.

Después de pasar por varias dependencias, la comitiva salió a la plaza. Sobre el cielo oscuro brillaba la gran luna redonda. Todavía no Clareaba, pero la amanecida parecía a punto de llegar.

La plaza de la villa seguía iluminada por hachones.

Los leños para la hoguera estaban dispuestos y unas escaleras habrían de permitir subir a lo alto por donde emergía el poste central y eje de la hoguera en el que estaban las cadenas que habrían de sujetar a la víctima.

En torno a la plaza, la chusma con sus antorchas aguardaba ansiosa el espectáculo que la condesa de Deadwood iba a ofrecerles.

En torno a la hoguera aparecieron unos frailes con sayos oscuros. Frente a ella estaba levantado un sencillo pero alto patíbulo con la horca y su soga esperando. La chusma no podría quejarse del espectáculo, lo tendría por partida doble y variado.

Fue empujado y subido al patíbulo. Pasaron la soga en torno a su cuello y desde el cadalso como lugar privilegiado, pudo ver como subían por la fuerza a la supuesta Deseada hasta lo alto de los lefios.

Una vez allí, la encadenaron al poste mientras, abajo, los frailes oraban en voz alta y uno de ellos que portaba una cruz en lo alto de una pértiga, se dedicaba a dar vueltas a la pira.

Constantino vio como se abrían unos ventanales del palacio y a un estrecho balcón de piedra salió la condesa escoltada por dos de sus fornidos criados. Ella iba a presidir aquel acto de fe de la cremación de una bruja.

—¡Asesina! —la acusó Constantino.

El alguacil mayor leyó la sentencia en voz alta ante el silencio total de la plaza. Pidió una antorcha y la aplicó a los leños que comenzaron a arder mientras el cielo se hacía menos negro, más gris. La amanecida había llegado.

Otras antorchas imitaron a la del alguacil mayor y los leños prendieron por todas partes. El humo comenzó a ascender envolviendo a la mujer que seguía en lo alto sujeta con cadenas al poste y con la mirada vacía, perdida.

Constantino se preguntó si la desgraciada muchacha sentiría el dolor de aquella muerte atroz.

Las flamas crecieron rápidamente y Constantino sintió su fuerte calor en el rostro. Vio como el fuego envolvía a la joven que un día fuera recogida por la hechicera.

De pronto, ocurrió algo insólito.

Un claxon sonó estridente, asustando a la muchedumbre que presenciaba las ejecuciones.

Por una de las bocacalles, Constantino vio avanzar las dos luces largas de los faros que semejaban ojos de dragón mientras el claxon era como el alarido de un monstruo que invadía la plaza.

—La camioneta —gruñó entre dientes.

La aparición del vehículo provocó el pánico entre aquellas gentes que lo tomaron por una especie de monstruo infernal.

La camioneta se introdujo en la plaza pasando entre el patíbulo y la hoguera. Constantino, que no pudo ver quién conducía, comprendió que aquella era su última oportunidad de escapar a la muerte en la horca.

Mientras el cuerpo de la víctima quemada en la hoguera se ennegrecía y el cielo clareaba pese al humo que trataba de oscurecerlo de nuevo para que el día, la luz de la verdad, no pudieran contemplar tamaña vergüenza.

Sacudió su cabeza y las manos. Tenía que soltarse, todo era cuestión de segundos. Consiguió escurrir una de sus manos y liberarla de las cuerdas que la sujetaban. Después, se quitó la soga del cuello; pero tras él, el verdugo se le abalanzó por la espalda sacando una daga de su cintura que le clavó en el costado.

Sin embargo, el joven saltó de la plataforma del cadalso y corrió como pudo hasta la camioneta. Abrió la portezuela y se introdujo en ella, comprobando que nadie la conducía, avanzaba sola. Oyó rugir a la chusma, rugido que se mezcló con el fragor de las llamas que crecían enrojeciendo toda la plaza.

Fue inútil que tratara de guiar la camioneta, avanzaba sola, guiada por una fuerza invisible.

A gran velocidad, abandonó la villa. Cruzó el puente sobre el río, rodó junto a la orilla y se introdujo en el serpenteante camino ascendente mientras su motor rugía.

—Dios, qué mal me encuentro —gimió.

El sol no podía verse, pero el cielo ya era gris. A lo lejos, el pueblo semejaba arder a causa de las llamas que emergían por encima de la plaza, rebasando los tejados de las casas y el palacio de la condesa.

La camioneta se detuvo como si no pudiera avanzar más.

Exhausto, manchado de sangre, se alzó por encima del asiento para mirar por la ventanilla hacia la parte posterior del vehículo. Tendido sobre una manta, descubrió a su tío mutilado que gemía.

—¡Deseada, Deseada! ¿Has sido tú? —preguntó a gritos.

Comenzó a escuchar las inconfundibles carcajadas de la bruja, mas no la veía. Salió de la cabina. Las fuerzas se le escapaban, la cuchillada del verdugo le estaba desangrando.

—Deseada… ¿Dónde estás?

—Tienes que escapar o tú también caerás en la maldición y para ti ya siempre será noche.

—¿Qué maldición?

—La mía —dijo con una voz que se desparramaba como el ulular del viento—. Ellos quisieron quemarme y quemarán a la pequeña sin nombre. Yo los condené y cada vez que alguien cruce la puerta del tiempo, ellos revivirán la noche de sus crímenes y jamás podrán descansar en paz. Escapa, la noche volverá de un momento a otro, escapa.

—He de llevarme a mi tío, he de llevármelo.

—Yo te he ayudado hasta aquí. Ahora eres tú quien debe guiar ese carro sin caballos que os ha traído al pasado.

—Comprendo, comprendo.

Constantino se sentó de nuevo al volante, casi volcado sobre él.

Después de forzar varias veces el arranque, logró poner de nuevo el motor en marcha y la camioneta comenzó a avanzar hacia el dolmen pasando por debajo de la gran piedra funeraria que hacía de puerta al pasado.

Cuando estuvo al otro lado, se vio envuelto en una furiosa tormenta. Era de noche otra vez.

Detuvo el vehículo y abrió la portezuela. Agarrándose a la carrocería, pues las fuerzas le fallaban, fue hasta la puerta posterior para ver a su tío, pero el freno no funcionaba bien y la pendiente comenzó a halar de la camioneta.

Constantino la agarró tratando de impedir su avance, pero ya no le quedaban fuerzas y el vehículo escapó entre la noche y la tormenta para luego precipitarse por un barranco.

—¡Deseada! —gritó, tambaleándose bajo la lluvia.

No obtuvo más respuesta que el fragor de los truenos.

Regresó al dolmen y cruzó bajo él mientras repetía el nombre de la hechicera.

—¡Deseada!

Al otro, lado del dolmen, como un encantamiento, había dejado de llover. La amanecida había muerto sin dejar ver el sol, regresando la noche. Cayó al suelo, gateó. Gemía el nombre de la hechicera hasta que notó una mano femenina pasando por su frente.

—Has vuelto, amor. Yo cuidaré de ti por toda la eternidad.

Boca arriba, la vio arrodillada a su lado, su belleza enloquecía.

Deseada se inclinó sobre él y lo besó en la boca. Al apartarse de él, apareció el verdadero rostro de la bruja que rió horriblemente.

—Ya no me das miedo, Deseada.

—Amor, amor, te cuidaré toda la eternidad —repitió, volviendo a ser hermosa unos instantes antes de desaparecer.

Los ojos de Constantino quedaron fijos, llenos de brillos de estrellas, mientras unos perros cimarrones aullaban a lo lejos

buscando comida.

Al fondo, sobre una colina, pese a ser de noche, se recortaba la silueta de un viejo y tenebroso caserón.

F I N

TERROR
TITULOS PUBLICADOS

nº1 EL ESPÍRITU NUNCA MUERE
nº2 HIJA DEL SATANISMO
n°3. MATO, LUEGO EXISTO
n°4 EL DIABLO DE NOTRE-DAME
n°5. LA LEYENDA DE AIMEE
n°6. PELIGROSO VIAJE ASTRAL
n°7. EL ASCENSOR ESTÁ LIBRE...
n°8 EL AULLIDO DE LA BESTIA
n°9 NASCITURUS
n°10 LA JUGADA FINAL
n°11 PODERES DE LA MENTE
n°12 SHOCK
n°13 LA ORGÍA DEL CASERÓN
n°14 RESIDENCIA DE CASTIGO
n°15 EL PROTEGIDO
n°16 LA CARTA ASTRAL
n°17 LA SANGRE EXIGE UN PRECIO



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts

Notas

[←1]

los astrólogos babilónicos consideraban el zodiaco compuesto por trece signos. Este símbolo fue suprimido en la Roma Imperial. Comprende del 16 de mayo al 12 de Junio y su planeta regente es la Luna. (N. del A.)